

CAROLINA DE SOTO Y CORRO

MAUCA

NOVELA ORIGINAL

CON UNA CARTA-PRÓLOGO DE

MANUEL MACHADO

MADRID

1917

MADRID.—Imp. Clásica Española, Cardenal Cisneros, 10.

CARTA-PRÓLOGO

Mi querida y distinguida amiga: si yo pudiera transcribir en esta carta el efecto sedante, pacificador y suave que ha producido en mi ánimo la lectura de su dulce Mauca, valdría ciertamente la pena de comunicárselo, no sólo a usted, sino al mismo público, como ejemplo de la eficacia benigna de su encantadora obrita.

En esta época de vida tormentosa y de literatura atormentada; en estos momentos de desconcierto moral, social y hasta físico; en estos días de no saber, de no sospechar siquiera el giro que tomarán los ideales nuevos (si surgen nuevos ideales), consuela siempre un tanto la lectura de páginas amables y fervientes, en que las virtudes inconmovibles, puestas por Dios

en las almas escogidas, triunfan de las asechanzas del vicio, de la maldad y de la depravación. Recrea y descansa el alma el espectáculo honesto y honrado de los seres buenos y sencillos, sencillamente pintados por una buena mano de mujer, que es, al mismo tiempo, una excelente mano de escritora.

Un interés dulce y simpático acompaña las vicisitudes y los trances de la vida novelesca de su Mauca, cuyo drama termina, afortunadamente, en el momento de la existencia en que suele empezar para otros seres de trágico destino. Bien es verdad que, en general, el interés de la vida de una mujer suele terminar cuando ésta ha cumplido el fin que parece ser el único, y lo es, realmente, en el fondo, de celebrar su matrimonio.

No es, sin embargo, Mauca, una mujer vulgar. La nobleza de sus sentimientos, la energía de su voluntad para escapar a las solicitaciones del lujo y de la holganza vergonzosa; su resignación cristiana ante la desgracia y la calumnia, que amenazan destrozar su porvenir, la convierten verdaderamente en un modelo y prototipo de

heroínas admirables. Y nada mejor, y más en su punto, que premiar tanta virtud y abnegación con la felicidad honesta y modesta que podía constituir toda su ambición.

En fin, querida amiga, usted ha escrito la más amable de las novelas, doblemente buena por su calidad y por su bondad. Seguro estoy de que el público letrado estimará en lo que vale su nueva producción, y de que el público, en general, la saboreará encantado y la aplaudirá entusiasta.

Una usted a esos aplausos los de su más rendido admirador y amigo, q. b. s. p.,

Manuel Machado.

MAUCA

I

En lucha abierta y frecuente con la chiquillería cerril y alborotadora, que la golpeaba sin compasión cuando no se avenía de buen grado a sus brutales juegos, defendíase como podía, repartiendo a su vez, con el puño cerrado, morrocotudos mojicones en la cara, en la cabeza, o donde le cogía, a los que tenía más cerca, haciéndoles ver de día las estrellas del firmamento.

Era menudita, infantil, más de lo que correspondía a sus trece años cumplidos; pero lista, vigorosa, y con tal temple de nervios, que ya los tenían bien probados aquellos caribes, quie-

nes en número exorbitante para pueblo de tan corto vecindario, corrían y vociferaban a todas horas por las calles, medio desnudos, algunos hasta sin camisa, siendo la mortificación de los que, por sus ocupaciones o por otras circunstancias, tenían que permanecer en sus viviendas.

En el Portillo de la Grada, pueblo esencialmente agrícola, fecundo en frutas y hortalizas que cultivaban con afanoso cuidado los mismos dueños de las tierras, cuyos productos llevaban luego a la corte, obteniendo allí con su venta ganancia segura, hallábanse los vecinos, durante el día, entregados a sus rudas faenas, sin preocuparse, ni mucho ni poco, de todo lo demás que no se relacionara con el negocio, ni menos aun de cuidar y educar a sus hijos. ¿Qué falta hacía esto?

Ellos se habían criado así también, en medio del arroyo, casi en cueros, en unión de los cerdos y demás animales que pernoctaban bajo el mismo techo de sus amos, en el reducido hogar, albergue, a veces, de numerosa familia, en insano y repugnante conjunto. Habían aprendido a amasar el pan y a labrar la tierra. Luego, con la práctica, la experiencia y el conoci-

miento de la gente, con la que hacían sus tratos en la capital, se adiestraban lo necesario para sus cuentas, y esto les bastaba. Seguros estaban de no equivocarse jamás en el precio de sus mercancías ni en la contabilidad de su dinero, siendo algunos de estos rústicos tan avisados y listos, que su gramática parda y su aritmética especial los hacía aparecer, entre sus ignorantes paisanos, como hombres instruídos, con lo que se daban por muy satisfechos.

¿Qué habían ellos de hacer más de lo que hacían?

¿Casarse los mozos? Eso sí, porque era cuestión de hombría de bien y de honra no dar pábulo a la murmuración; que en todas partes, y en particular en los pueblos, están siempre dispuestas las malas lenguas a ponerse en juego, y porque tenían un señor párroco de mucho respeto y autoridad que no consentía ninguna unión ilegítima y daba facilidades a los enamorados para su enlace, prestándoles generoso apoyo y echándoles la bendición sin exigir a los más pobres el pago de sus derechos, o aplazándolo para cuando estuviesen en condiciones de abonarlos, obligación que, pasado el tiempo, solían olvidar y no cumplir.

Pero el anciano párroco prefería esto a que, por obstáculo en lo que de su santa misión dependiera, hubiese ningún caso de desmoralización en su feligresía.

La mayor parte de aquella gente era ruda y zafia; pero, en el fondo, noble y creyente de las cosas divinas, y tenía al señor cura en tan grande estima, que lo escuchaba respetuosa, considerándolo el ser más sabio y privilegiado de la tierra.

Mas, sin embargo de esto, no podía conseguir el buen señor que los portillanos entraran por la idea de enseñar a los chicos algo más que trabajar en el campo; no lograba hacerles comprender la conveniencia, la necesidad de que aquellos zánganos aprendiesen un poco de doctrina cristiana y los más precisos rudimentos de instrucción.

La escuela estaba cerrada siempre por falta de alumnos, y en vano trató el párroco a su vez, en muchas ocasiones, establecer en su misma casa horas de clase de religión y lectura; ni aun ofreciendo el estímulo de chucherías, estampas y medallas, como premio a la asistencia de los niños, porque los rapaces, si acudían una vez con el atractivo del señuelo, no volvían

la segunda, y el ministro de Dios se esforzaba inútilmente por obtener el objeto de sus deseos de descortezar rudezas, desvaneciendo sombras, a fin de ir modificando las costumbres y desterrando de la infantil generación palpitante, la vagancia y el salvajismo.

Los padres habían crecido como los hijos: en completa libertad, a la intemperie, sin miedo al calor ni al frío, sin dirección ni higiene, ni obligación de saber de letras ni de nada hasta la edad en que pudieron manejar el azadón, el escardillo, la hoz y demás útiles de labranza, y les parecía lo más lógico y natural que los muchachos siguieran la misma marcha.

Entre todos aquellos desarrapados, sin pudor ni conciencia de sus actos, veíase siempre una niña, una sola, porque las demás muchachas huían de ella como de bicho malo, formando grupo aparte y no consentían jamás que se mezclase en sus juegos.

Mauca era hija de la tía Lendrera, la bruja más dañina y sin vergüenza que existía en el mundo. Borracha sempiterna, sin más ocupación que morder reputaciones, merodear por las huertas para coger lo que podía al menor descuido, mendigar por la carretera y pueblos

limítrofes, y gastarse en la taberna los cuartos que le facilitaba la caridad.

¡Bastante le importaba a ella que comiera o no la chiquilla! ¡Que hiciera lo mismo, pedirlo o tomarlo de donde hubiera, y si no, que se pusiera a servir, que ya tenía edad para ello! También ella había trabajado en su mocedad, y ayudado luego a su hombre a cultivar la tierra que les dió para vivir hasta que la enfermedad de aquél obligó a venderla por bajo precio, dejándola al morir sin recursos y con dos hambronas de hijas que se la comían por los pies.

Afortunadamente para esta mala madre, la mayor, de catorce años en aquella época, aconsejada por unos traficantes de baratijas que accidentalmente estuvieron en el pueblo y que tenían su domicilio en Madrid, levantó el vuelo en compañía de estos honrados industriales que necesitaban en su casa una muchachilla, para los menesteres y cuidados de la comida, mientras la mujer acudía a lo de más interés, su importante comercio en el Rastro.

A juicio de la tía Lendrera, esta fué una suerte para su hija que ganaría dinero, y suerte también para ella, porque del sueldo le mandaría aquélla lo suficiente para pasar la vida

con la pequeña, sin trabajos ni preocupaciones.

Y así sucedió. Durante dos años recibió periódicamente, por mano del tío Leoncio, el ordinario del pueblo, que hacía su acostumbrado viaje semanal a Madrid, trayendo y llevando encargos, una pequeña suma, casi todo el salario de la moza, y noticia de lo a gusto que se encontraba y lo mucho que se divertía en los bailes y paseos a las ventas y merenderos situados en las afueras de la población.

De repente dejó ésta de mandar dinero y noticias, causando la desesperación de su madre, que gritó y pateó llamándola mala hija y apodándola con los epítetos más groseros y soeces. Desde entonces vivió como pudo y bebió más de lo que podía para ahogar penas, según su dicho gráfico, sin ocuparse de la hija menor más que para inducirla con malos modos, a que se buscara ella misma la pitanza por la vecindad.

La pobre criatura vivía, pues, en una miseria y abandono tan grandes, que era una compasión verla en la edad ya en que otras crecen y empiezan a desarrollarse al calor de las ternuras y cuidados maternales, ella, bajita, enclenque, sucia y harapienta, sin ninguna salvaguar-

dia cariñosa, mendigando de puerta en puerta un pedazo de pan duro para no morirse de hambre, y rechazada por todas las niñas cuyas madres no querían que se rozasen con la hija de aquella tía perdularia y desvergonzada, la mujer más deshonrosa del pueblo.

Por esta razón, uníase Mauca a los chiquillos más salvajes, quienes a su vez se burlaban y divertían con ella, haciéndola perrerías y obligándola a servirles de toro con la cabeza metida en un cesto viejo, asomando dos palos atados entre las varetas, a guisa de cuernos; y otras veces, de caballo, a lo que la infeliz se prestaba con paciencia, dándoles gusto mientras no abusaban demasiado de ella o la hacían daño; pero, cuando intencionadamente la maltrataban, entonces, revelándose en ella instintivamente, un vago sentimiento de amor propio, o más bien de dignidad ofendida, revolvíase impulsiva contra aquéllos, y, a pesar de su apariencia en deble, pegaba recio, y más de una vez hizo de un moquete echar sangre por la nariz a algunos de sus bárbaros contrincantes.

El padre Antonio, hondamente condolido de la situación excepcional de esta niña, regañaba seriamente a los muchachos por lo que la ha-

cían rabiar, y todos los días, cuando iba la Mauca por el sobrante de su comida (el venerable cura tenía singular cuidado de que de su alimentación diaria sobrara siempre algo para la muchacha), hacíala entrar a su presencia y con su habitual dulzura, con paternal acento, le decía, de modo que ella lo entendiera, unas cosas muy bonitas de Dios, de cómo deben ser las niñas buenas, sumisas y trabajadoras, y del castigo que sufren en el infierno las que pasan la vida en el ocio, y el pecado de las malas palabras, y los punibles hechos, en peligrosa sociedad callejera, sin temor a nada ni respeto a nadie, y sin saber siquiera rezar una salve a la Virgen que es madre amorosa de los pobres, refugio de los desamparados y esperanza consoladora de los tristes.

Mauca lo escuchaba con atención, con embeleso, sintiendo en el fondo de su ser algo extraño que no podía explicarse, pero que le producía un raro bienestar, una singular satisfacción y un deseo vivísimo de ser como otras niñas que tienen madres cariñosas, a las que ayudan en los trabajos caseros, que aprenden muchas cosas, que visten con decencia y que se reúnen en paseos y juegos con las de su igual;

pero a ella no la quería nadie, ni aun su misma madre la hacía caso, ni tenía para ella más que malas palabras y tratos desagradables.

¡El señor cura y su hermana, pensaba la chica, sí que eran buenas personas, las únicas en el pueblo que la atendían bien y que la daban de comer y buenos consejos! Por esto era también a las únicas que ella miraba con respeto de hija y a las que les dejaría hacer de ella lo que quisiesen.

Después de la ligera plática del religioso, la señora Andrea, su hermana, de pocos menos años, única mujer que cuidaba de él y de la casa, llamaba a la muchacha a la cocina y dábale algún comestible sano y caliente y un gran pedazo de pan que la niña comía con deleite, con verdadera fruición. Luego, echando hacia atrás los mechones que le caían por la frente de su enmarañada cabellera rubia, y expresando en sus ojos, claros y vivos, la gratitud, se despedía besando la mano al párroco y echaba a correr.

Fuera de aquel recinto, pronto lo olvidaba todo y tornaba a sus malos hábitos, a sus innobles gestos y dichos, y a sus luchas y pedreas con los demás arrapiezos.

Cuando llegaba gente extraña a la localidad, aquella turba de chicos, atraídos por novedad tan desusada en este pueblo del interior, distante unos cuarenta kilómetros de la primera estación ferroviaria, se agolpaba curiosa a la puerta de la casa donde por relaciones de amistad o parentesco, se alojaban los forasteros, y allí se estaban los muy zopencos muchachos, agrupados, adheridos como lapas al umbral, hasta que, cansados los de dentro, del pertinaz fisgoneo de que eran objeto, y del ruido zumbador de colmena que producían los endemoniados chicuelos, los arrojaban de allí, malhumorados, sin conseguir a veces más que se apartaran un poco, volviendo en seguida éstos a aglomerarse en el mismo sitio, y en medio de sus cortos alcances, comprendiendo que podían sacar provecho de los desconocidos, echaban por delante a los más mocosos, a los pequeños, para que pidieran unos centimitos, o hacían que Mauca luciera sus habilidades.

—¡Baila, Mauca!—la decían, y ésta, sin hacerse rogar, se ponía al instante en movimiento de danza, y acompañándose con un cantar truhanesco, ejecutaba con su cuerpecillo ágil y gesticulación picaresca, una especie de fandan-

go o seguidilla, parecido sin duda a algo que ella vería bailar alguna vez, por lo cual, si hacía gracia a los forasteros, y la daban céntimos, la posesión o reparto de éstos solía originar casi siempre entre los más fuertes, rabiosos altercados, tremendos pescozones y gritería infernal.

II

Un día, a la vuelta de uno de los viajes del tío Leoncio, varias mujeres del Portillo, que agrupadas en la calle, ante la casa de una de ellas, se entretenían mientras charlaban, para no estar ociosas, en remendar su ropa unas, en hacer calceta otras, y en acallar, la que criaba al hijo, con el escaso jugo de su pecho, observaron que el hombre, dirigiéndose decidido al mísero mechinal, que un poco más arriba, servía de albergue a la tía Lendrera, la hizo entrega de un gran lío de ropa, mediando entre ellos breve conversación que no pudieron oír, pero pronto averiguaron las intrigadas comadres, con su innata sagacidad, lo que significaba aquello.

El encargo procedía de la hija que estaba en Madrid. Por fin se acordó de su madre y le

mandaba algunas prendas usadas, unas cuantas monedas de plata y su retrato. Pero ¡quién la había de conocer! En los cinco años pasados había variado mucho; era una mujer completa: alta, llena de carnes, bien hecha, lo que se dice una figura arrogante, hermosa, y, además, vestida como una señorita, casi con lujo. Si no hubiera dicho la madre, más con aviesa intención que con orgullo materno, a las que mostró la fotografía, deseando dar envidia a las mozas del pueblo, que aquella era su Juliana, nadie lo hubiera creído.

Pero ¡a buenos sabrosos comentarios dió lugar el asunto que fué tema de las conversaciones en el Portillo durante algún tiempo! Porque ninguna sospechaba bien de aquel cambio inusitado de la muchacha que salió de allí con una mala falda de deshecho, una toquilla vieja al talle y el pelo estirado, sujeto en un rodete sobre la nuca, curtida la piel por el aire y el sol, y sin ninguna belleza física, y a los pocos años aparecía retratada de cutis blanco, peinada al estilo de las grandes ciudades y vestida a la última moda, con falda oscura, ceñida, blusa clara, bordada, y adornos, dijes y detalles que sólo podía concebir la gente sencilla y a

la buena de Dios, en el atavío de una señora.

No pudo, a pesar de las preguntas que hizo la tía Lendrera al recibir el obsequio, saber de su hija más sino que se hallaba muy bien y que más adelante le mandaría otras cosas. Sin embargo, la casualidad proporcionó, meses después, nuevas y más minuciosas noticias.

La mujer del herrero, fué a Madrid a comprar, entre otros encargos, las modestas galas que debían lucir sus hijas en los próximos festejos, los que celebran anualmente en honor de la virgen del Consuelo, patrona muy querida de los portillanos, en cuya fiesta se engalanan con esmero, tanto para asistir a la función religiosa como a las rifas y capeas en las cuales toman parte un día los mozos y otro los casados, costeando unos y otros su respectivo toro manso, con el que cometen felonías hasta matarlo a palos, constituyendo ésta la principal y más característica diversión del pueblo.

Entretenida la herrera en un gran comercio de la calle del Clavel, escogiendo entre varias piezas de vistosas batistas la que estuviese más en relación con el gusto y deseo de sus niñas ya mozuelas, no vió al pronto a una elegante joven que la miraba con insistencia, hasta que

volviendo aquélla casualmente la cabeza, llamó su atención, viendo entonces con sorpresa que, dirigiéndose vivamente a ella la susodicha, le preguntó afable y risueña:

—¿No me conoce usted, Polonia? Era la Juliana. Su parecido con la fotografía enviada a su madre, desvanecía cualquiera duda que hubiera tenido la mujer del herrero.

En el primer momento comunicativa y franca con su paisana, acaso más de lo conveniente, si recordaba que había lenguas viperinas y malévolas en su pueblo, deseosas de tener en qué emplearse, la transformada muchacha manifestóse contenta de su suerte, y aunque sin entrar en muchas explicaciones, confióle, como cosa corriente y natural, que tenía un protector, a cuya generosidad debía todo el bienestar que disfrutaba ahora, viviendo como una señora en un precioso hotel que aquél poseía en la Guindalera; y después de numerosas preguntas acerca de su gente y la del pueblo que más le interesaba, sacando del portamonedas diez pesetas, la rogó que se las entregara a su madre, y poniendo término a la conversación, despidióse, montó en un coche que aguardaba en la puerta y no tardó en desaparecer.

La herrera permaneció unos instantes con la boca abierta, tras la rápida marcha del vehículo, admirada del extraordinario cambio que la fortuna o la desgracia había operado en la hija de la tía Lendrera, y cuando, al día siguiente, terminados sus asuntos, regresó al Portillo, refirió su casual encuentro, aumentando y comentando a su placer cuanto le confiara Juliana, todo el vecindario volvió de nuevo, con tan seguras pruebas, a hacer objeto de sus críticas y murmuraciones a la descarriada moza.

La bruja, satisfecha con el donativo y las nuevas que acababa de obtener, sin importarle nada los medios empleados por la Juliana para llegar a la posición feliz en que vivía, pensó egoístamente que aun podía hacer más de lo que hacía su hija por ella y llevar además consigo a la Mauca para favorecerla y abrirle camino, y sin consultar la voluntad de aquélla sobre el caso, inició a la chiquilla la peregrina idea que la niña escuchó con indiferencia, casi con disgusto, porque para ésta no había más mundo que aquel pequeño pueblo, ni mayor bien que su libertad y sus costumbres semisalvajes.

—¿Qué? ¿No te alegras de lo que te digo?—

refunfuñó la vieja, y con más desabrido tono al ver que la chica se encogía de hombros por toda respuesta, prosiguió dirigiéndose a ella con sorda cólera, amenazadora.—Parece que no te agrada marchar de aquí, ni pensar en nada que no sea el juego, ¿eh? ¿Acaso crees, mala pécora, que vas a pasar toda tu vida machoteando con los granujas de tu calaña? Pues te equivocas; ya tienes edad de trabajar; otras, a tus años, están sirviendo, y ganando, no sólo para vestirse, sino también para ayudar a su gente, como hace la nieta de la Castora, colocada de niñera en Madrid, y, además, que tu hermana te puede servir de mucho entre sus conocimientos y buscarte casa, si no le conviene tenerte en la suya. ¡Mírate en su espejo, zarrapastrosa! Mira lo bien que está viviendo como una princesa, y aprende a manejarte por ti sola y a sacar el mejor partido posible de todo lo que te rodee. Ya sabes, bigardona, que te irás, y que te irás muy pronto, pues hoy mismo voy a tratarlo con el tío Leoncio para que en el primer viaje te lleve en su carro.

Mauca, sin responder ni una palabra de aprobación ni de protesta a la grosera disertación de la que le diera el ser, y a sus malvados con-

sejos, cuya índole no alcanzaba a comprender bien, quedó unos momentos pensativa, sintiendo una impresión dolorosa de tristeza, un profundo sentimiento, mezcla de temor y pena, que, sin saber por qué, sin adivinar la causa, instintivamente le produjo la definitiva determinación de su madre, de enviarla inmediatamente a Madrid, a aquella población que ella se figuraba en su fantasía de niña, inmensamente grande, hermosa y temible a la vez, llena de castillos y de princesas encantadas a la par que de brujas y de gigantes, de esos que roban y matan a los niños que no tienen una hada protectora, ni una varita de virtudes que los libre de la vista de aquéllos y los haga por arte mágica invulnerables a sus golpes.

Recordó los cuentos con que en otro tiempo la entretenía su hermana, y, pensando, medrosa, en todo aquel fárrago de ideas extrañas, de historias absurdas y de sucesos espeluznantes con que la burda inventiva de la ignorancia reviste sus narraciones para hacerlas más interesantes, lejos de experimentar curiosidad de conocer ese gran mundo, en el que tantas cosas buenas y malas sucedían, sintió una repulsión inexplicable, una pesadumbre muy honda y

unas ganas tan grandes de llorar, que, sin poder evitarlo, las lágrimas corrieron por sus tostadas mejillas; pero se repuso pronto, comprendiendo que, si su madre advertía su llanto, excitaría más su furia contra ella.

Cuando, como de costumbre, después de comer, aquel día sin gana, lo que la bondadosa hermana del señor cura la ofreció, entró en el despacho de éste a besarle la mano, el padre Antonio, observando algo anormal en el semblante de la pequeña, preguntóla cariñoso qué la ocurría, el llanto nubló los ojos de la Mauca; y otra vez interrogada por el religioso, sintiendo la pobre niña, en medio de su amargura, y a pesar del nudo que parecía apretarle la garganta, un vivo deseo de expansionarse, de contar su pena a quien pudiera aliviarla siquiera con frases de consuelo, refirió al señor cura la causa de su aflicción.

— Y ¿eso es lo que te apura, hija mía? Vamos, tranquilízate y no seas tonta; no veo en ello motivo para que te disgustes así; natural es que tu madre, pensando en tu porvenir, quiera que trabajes, dedicándote a algo de provecho, y que aprendas a ser útil a personas que, en pago de tus servicios, te darán un suel-

do, cubrirán tus necesidades, y, cumpliendo tú bien con ellas, podrán favorecerte y ser algún día protectoras de tu existencia. Los pobres no tienen más recurso que el trabajo, la servidumbre y el sacrificio propio en aras del bienestar ajeno; mas sometiéndose de buena voluntad, con agrado y con paciencia; teniendo en cuenta que es preciso sufrir con calma y con humildad las molestias del servicio, que no son pocas; las impertinencias que tengan los señores y las genialidades de todas las personas, pequeñas y grandes, con quienes haya que tratar, en unión de las cuales o bajo cuya dependencia se viva.

»Acostúmbrate, pobre Mauca, a la idea principal de que hemos venido al mundo a padecer más que a gozar; y piensa mucho que nuestro señor Jesucristo nos dió el más alto ejemplo de sumisión al dejarse sacrificar y escarnecer por sus enemigos, sufriendo muerte afrentosa por la salvación de los pecadores. Confórmate, pues, con tu suerte, y sé siempre buena y honrada. ¡Vamos, no llores, chiquilla! Ten confianza en Dios, que vela por los desvalidos; y si tan próxima está tu marcha, no dejes de venir mañana, porque aun tengo que decirte otras cositas.»

Y, dándola palmaditas en la cara, la despidió afectuoso.

Cuando el aire de la calle refrescó la frente sudorosa de la niña, sintió ésta reanimado, de manera extraña, su espíritu; y, llena de plácida calma, volviendo a renacer la perdida paz de su corazón, dirigióse tranquila a su domicilio, sin pensar nada más ni hacer caso aquella tarde de las voces que le daban sus compañeros de juegos invitándola a tomar parte en el asalto de la ventana de un granero, por medio de unos troncos de árboles que los taladores habían amontonado en la plaza, junto al muro de una casa, por algunos de cuyos troncos, enderezándolos contra la pared, subían trabajosamente los endiablados y bajaban, deslizándose, con más o menos desgarraduras en las ropas y las carnes, introduciéndose en el solitario depósito de granos, y haciendo otros ejercicios gimnásticos, ligeros y atrevidos, como consumados equilibristas.

Esto, que en situación normal hubiera sido de atracción encantadora para la chica, que en agilidad y arrojo no se hubiese quedado atrás de los más listos, mirólo ahora con marcada indiferencia, y prosiguió su camino hasta llegar

a la hedionda casucha que le servía de morada, de la cual no se la vió salir ya más en el resto del día.

Aquella noche, cuando la tía Lendrera, despidiendo de su cuerpo, más que otras veces, nauseabundo olor a alcohol y suciedad, se recogió en su cuchitril, no habló ni trató de otra cosa más que del viaje en proyecto; idea, a su juicio feliz, que urgía poner en ejecución cuanto antes.

— Conque ya se acabó el jolgorio y se acabó la buena vida — repetía a cada instante, con la insistencia y pesadez de los beodos —. Disponte para pronto, ¡lagartija! Ya ha quedado el tío Leoncio en avisarme el día de su salida, y te llevará; no tendrás que preparar mucho equipaje; lo llevas todo puesto, ¡culebrita! De modo que, en cuanto él diga andando, echarás tú para adelante, y ¡al avío!; que, por la buena o por la mala, ya aprenderás a vivir y a gobernarte solita, como puedas.

Y tornando a decir una y otra vez la retahila, quedóse al fin la vieja dormida en profundo sueño, gruñendo y roncando indistintamente.

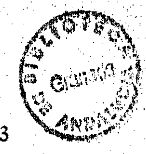
Mauca, sin atreverse a responder nada durante la monserga, envolvióse en los harapos

con que se tapaban sobre el duro jergón que servía de lecho a ambas, y poco después que su madre, también dormida, soñó cosas extraordinarias, tan estupendas y contradictorias como las frases y consejos que escuchara el día antes acerca de la variación que iba a efectuarse en su vida.

Al día siguiente, consumida por la rapaza, aunque sin apetito, la ración de judías con que la obsequió la señora Andrea, ordenóle ésta que entrase en el despacho de su señor hermano, como ella lo nombraba respetuosa.

La muchacha oyó conmovida, y con singular atención, el discurso que el señor cura la dirigió sobre los deberes de la mujer, las perfidias de los hombres y los males de que tienen que guardarse las jóvenes que, como ella, tenían que peregrinar solas por la tierra.

— Tú no conoces todavía el mundo, ni tienes apenas idea de lo que son los hombres. Hay muchos malos, hija mía; guárdate de ellos, aun de los que te parezcan buenos, y no les permitas familiaridades ni confianzas, que, sin duda, te perjudicarían mucho más que te han perjudicado los juegos y el trato continuo que has tenido con los muchachos del pueblo; pues,



al fin y al cabo, éstos no son más que unos brutos sin noción del bien ni del mal; pero en las ciudades, donde hay más civilización, hay también mayor malicia y peores intenciones, generalmente encubiertas con apariencia de bondad y protección. Huye de sus halagos y no te fíes de las palabras tiernas de aquéllos, que casi siempre son engañosas. No sigas tampoco el ejemplo de tu hermana, pues su bienestar presente no lo ha adquirido por buen camino, y vale mucho más depender humildemente del trabajo honroso, que disfrutar de la clase de posición social que ella goza hoy en cambio de lo que debe ser más precioso y de más importancia para la mujer: el honor y la salvación de su alma.

»Desde el punto y hora en que salgas de aquí, dejarás de considerarte niña y tendrás que conducirte con la formalidad y el aplomo de una mujer seria. Procura, por tanto, cumplir debidamente las obligaciones que contraigas, portándote bien y lealmente con tus amos, sin olvidar que estás en el deber, al mismo tiempo, de auxiliar a tu madre según lo permita el salario que ganes; y en el deber también de instruirte, aprendiendo a leer, escribir, cuentas, religión y

los quehaceres propios de tu sexo, principalmente los de tu cargo; todo esto muy necesario para que puedas manejarte en el mundo y sepas defenderte en las contrariedades y luchas de la existencia.

»En Madrid hay escuelas dominicales y otros centros de enseñanza sostenidos por Asociaciones benéficas, en los que reciben educación gratuita las criadas y obreras. Existe también en la calle de Fuencarral una institución religiosa, llamada del servicio doméstico, dedicada a amparar y favorecer a las infelices que se encuentran sin colocación y sin apoyo, ni relación de ninguna clase; y otra hospedería más nueva, con idéntico fin, fundada generosamente por la caridad de una aristocrática dama (1), dignamente secundada por otras no menos piadosas, en la calle de Rodríguez San Pedro.

»Utiliza esas instituciones en tu favor y provecho, y no olvides nunca mis consejos. Acuérdate de mis palabras en todos los actos de tu vida; y si, en cualquier caso, por impremeditación o por ignorancia, por descuido o por culpa propia o ajena, te ves en situación aflictiva,

---

(1) La marquesa de la Mina.

en algún grave peligro, antes que dejarte fascinar por mentidas ilusiones, por pasajeros placeres, y antes que caer y arrastrarte por el lodazal del vicio, corre sin vacilación a un lugar de paz y de consuelo, cuyas señas te daré manuscritas, en donde seguramente obtendrás generosa acogida a cualquier hora que acudas del día o de la noche, y encontrarás protección, sosiego, misericordia y cariño.

»¡Ea! Ya te he dicho bastante. Ahora graba en tu memoria, de modo que no se borre jamás, cuanto acabo de decirte, y te echo mi bendición para que Dios te libre de todo mal. ¡Vamos, no llores, chiquita, que vas a conmoverme también! Y antes de ponerte en camino, ven por la merienda que mi hermana preparará para ti.»

Y dando a besar su mano a Mauca, que parecía clavada en el suelo, la empujó suavemente hacia la puerta.

Desde este momento la criatura sintióse fortalecida, llena de vigor y como si hubiera crecido; con deseos vehementísimos de obedecer a su madre, y con propósito firme, desde lo íntimo de su corazón, de ser en adelante cual le aconsejara el señor cura: humilde, formal y buena. No temía ya nada de lo que sobreviniera.

III

Dos días después de lo referido, marchaba el carro del tío Leoncio en dirección a la corte, llevando a Mauca entre groseros fardos, banastas llenas de uvas, de higos, de tomates y de pimientos; pesados sacos de patatas y de garbanzos; porción de paquetes grandes y pequeños, y otras muchas cosas hacinadas en conjunto heterogéneo.

Tras largas horas de mareante traqueteo, de ruidoso chirriar de ruedas y crujir de latigazos para avivar el paso fatigoso y pesado de las mulas, arreándolas a la vez el conductor con malsonantes voces, entremezclando soporíferos cantares con impropios epítetos y soeces interjecciones, la viajera, a la que parecía el trayecto interminable, vió por fin en la lejanía, primero con vaguedad, como entre nube plo-

miza, y luego poco a poco, más claramente, destacarse las torres y el caserío de la gran ciudad adonde se dirigía, término de su expedición.

Su entrada por la calle de Toledo le hizo experimentar profunda impresión de asombro, de admiración. ¡Qué nuevo, qué bonito y qué diferente a su pueblo era todo aquello!

En la plaza de la Cebada detúvose el carro el tiempo preciso para entregar parte de su cargamento de frutas y de hortalizas, y de allí a la posada, sita en la Cava Baja, tuvo ya poco que andar el vehículo; pero aun fué operación larga la de desenganchar, dar pienso y poner en condiciones de descanso a las bestias; mientras el tío Leoncio, con el mozo que le acompañaba, trasladaba algunos bultos y paquetes a la habitación que en estas expediciones le servía a la vez de depósito y de alojamiento.

Cuando la niña descendió del molesto carro, mareada, dolorido el cuerpo, entumecida de tantas horas seguidas en la misma postura y en continuo vaivén, estuvo a punto de caerse al suelo.

—¡Eh, muchacha! Siéntate allí en tanto acabo de arreglar mis cosas, que pronto irás a tu

destino — díjola el tío Leoncio, señalando hacia un banco de madera que había en el interior del amplio portal, cerca del arco que daba acceso al empedrado patio de la posada.

Aquélla obedeció maquinalmente, y, sin decir palabra, sentóse gustosa, aunque de mejor gana se hubiese tendido en la dura tabla: tan necesitado se hallaba su pobre cuerpo de descanso.

Terminada la tarea del ordinario, y refrigerado su estómago con un chorizo, pan, un tazón de café y un vaso de aguardiente, se dispuso a cumplir el más enojoso de los encargos: la entrega de Mauca a su hermana.

— ¡Zancajo de chica! ¡Pues no se ha dormido! ¡Arriba, corcho, que es tarde y tengo mucho que hacer! ¡Ni que estuvieras en un colchón de plumas! ¡Vamos, vamos de prisa! — y así diciendo, con repetidas interjecciones de marca mayor, llevó casi a remolque hasta la calle a la criatura, que, aun no despierta del todo, asustada, echó a andar como un autómata al lado del tío Leoncio.

Despabilada al fin por los codazos y empellones de los transeuntes, tropezando a cada instante, boquiabierta, fué mirándolo todo con

el asombro natural de la niñez ignorante, con la sorpresa infinita del ciego que, saliendo de improviso de la habitual obscuridad de su retina, ve por primera vez la claridad y el movimiento del mundo.

—¡Qué grande es Madrid! ¡Cuánta gente! ¡Qué de juguetes y cacharros bonitos! ¡Parece esto una feria!—exclamaba sin cesar, mirando a todos lados con entusiasmo infantil, con curiosidad extraordinaria —. Pero ¡qué calles tan largas! — decía después la chica, falta ya de aliento, rendida por el cansancio —. ¿No llegamos todavía?

— ¡Viñeta! ¿Crees tú que vamos en automóvil? — respondió ásperamente su acompañante. — ¡Pues apenas falta aún mucho que andar hasta la Guindalera! Y no es cosa de gastarme en tranvía los dos reales cochinos que la lechuza de tu madre me ha dado por el mandado; lo que es como la Juliana no me dé por este servicio algo más, no vuelvo en mi vida a hacerme cargo de otra chinchorrería como esta.

Contenida la infeliz por el malhumorado acento de su grosero guía, que de vez en cuando lanzaba nuevas imprecaciones, rendido también por la fatiga que le producía la caminata

tras el ajetreo del viaje y de las operaciones efectuadas, por hallarse ya bajo el peso de un buen número de años y con un pie averiado, a consecuencia de habérselo cogido cierto día una de las ruedas de su carro, no volvió á dirigir pregunta alguna; y, silenciosa ella, y murmurando aquél, llegaron, por último, al término deseado, deteniéndose ambos ante la verja del minúsculo jardín que servía de entrada a un pequeño hotel.

Aunque al pronto sorprendida por la inesperada visita, mas alegrándose de ver a su hermanilla, Juliana quedóse pasmada con el encargo que, sin previo aviso, le mandaba su madre, de tener consigo a la Mauca mientras no tuviese ésta colocación.

— Y ¿qué voy yo a hacer en tanto con esta chica? — preguntó al tío Leoncio, que se encogió de hombros como quien nada tiene que ver en el asunto —. Siento que mi madre se meta a disponer así en casa ajena, sin saber si yo estaré en condiciones de acoger a nadie en mi compañía. No quiero, sin embargo, que se diga en el pueblo que yo abandono a mi hermana, y trataré de hacer por ella lo que pueda; pero diga usted a mi madre, que de ninguna mane-

ra vaya ella a pensar también en venirse, porque su presencia aquí sería, seguramente, causa de mi perdición y mi ruina. Tome para usted, y entregue estas pesetas a mi madre, repitiéndole cuanto acabo de decir para que no se le olvide, porque entonces lo perdería todo. —Y, después de despedir al ordinario, quedó contemplando la figurita pálida y enfermiza de la niña con honda conmiseración.

—Bueno—dijo—; si no me das guerra, permanecerás por ahora a mi lado mientras te fortaleces un poco y te haces persona presentable a la gente; estás muy raquítica y muy facha, hija mía, para que nadie te admita a su servicio, y quiero, para ese caso, hacerte una mujercita de provecho, si es que te prestas dejándote guiar y enseñar por mí, sin darme disgustos. Conque lo primero, a descansar en la cama que voy a prepararte ahora mismo.

Juliana, como se deja comprender, no tenía mal corazón; pero, de cortos alcances, sin ninguna instrucción, débil de carácter y aficionada en extremo al adorno de su persona y bien parecer de su simpático palmito, no había vacilado en aceptar las proposiciones que en un baile de carnaval hízole un hom-

bre de aspecto formal y posición desahogada, al parecer, sin echar cuenta nada más que en gozar del presente, olvidando sus miserias pasadas, y satisfacer su antojo de engalanarse y embellecerse, que era toda su ilusión, su más hermoso ideal; por esto, cuando supo que aquel hombre hallábase unido a otra mujer por los vínculos del matrimonio, sin dar gran importancia al asunto, quizá no comprendiendo bien todo el alcance de la falsa situación en que se hallaba ella, exclamó, haciendo un gesto de indiferencia:

—Mientras conmigo cumpla él como hasta hoy, lo demás poco me importa.

Así, en la meta ya de sus aspiraciones, vivía tranquila en aquel hotelito, cual si fuese la dueña, vestida señorilmente, bien servida y con todos sus caprichos satisfechos, encontrándose tan a gusto en este género de vida, que, no calculando pudieran surgir otras contrariedades, sólo temía que viniese su madre a turbar su sosiego echando por tierra su dicha actual.

Poco tiempo bastó para que Mauca se repusiera del estropeo del viaje; luego, limpia, vestida de nuevo, bien alimentada y en aquella casa tan bonita, que escudriñó toda con infan-

til curiosidad, encantada, su espíritu se ensanchó con bienestar indecible, y sintió su alma llena de dulzura infinita, de felicidad desconocida hasta entonces, no sentida jamás hasta ahora.

El protector de Juliana no se opuso al deseo de ésta de tener a la niña a su lado todo el tiempo que fuese menester, y los días pasaron gratos para las dos hermanas, la mayor, imponiendo y adiestrando a la pequeña en los quehaceres de la casa, a la vez que enseñándola con su propia manera de pensar nada santa, sin religión ni cultura, doctrinas muy contrarias a las que predicara el cura de su pueblo, y la muchacha, que era naturalmente lista, de clara inteligencia, aprendiéndolo todo fácilmente y aficionándose, a su vez, a los gustos de su hermana de acicalarse con desenfadada coquetería y a vivir alegremente a costa ajena, sin molestias y sin echar cuentas en el mañana, ni importarle un bledo lo que de ella pudieran decir los demás; gustos que, si bien no aceptables en un todo, no le parecían tampoco censurables al extremo que lo creía el padre Antonio, tachando de irregular la conducta de aquélla, y aconsejándole que no siguiera su ejemplo, no bien

enterado quizá de la manera de ser de Juliana, que tan generosamente obraba con ella, y a la que tenía tanto que agradecer.

Encariñada al propio tiempo la joven con su hermanilla, que se prestaba de tan buena voluntad a obedecerla en todo, entendiendo con presteza sus indicaciones y sirviéndola de distracción y compañía en sus soledades, no pensaba ya separarla de su lado, y menos que se dedicara a las penalidades del servicio doméstico, que ella aborrecía, pudiendo ésta, según su modo de ver las cosas, esperar junto a ella un porvenir mejor, o, a lo menos, una suerte parecida a la suya.

Mecidas por tan halagadoras ideas, disfrutando cuanto lo permitían las prodigalidades del dueño de la casa, que colmaba de obsequios a sus favorecidas y las acompañaba en diversiones y cenas, llevando en estos casos algún amigo que distrajera a la niña, transcurrió larga fecha sin que acaeciera ningún suceso extraordinario.

La transformación de Mauca fué completa en este tiempo. Crecida, aunque no en demasía, pero con estatura esbelta y con el natural desarrollo de la crisálida convertida en mari-

posa, redondeadas sus formas de mujer, afinada la epidermis, ya blanca y sonrosada; su dorado pelo ondeado, recogido artísticamente; sus ojos, grandes y claros, con reflejos esmeraldinos; la viveza de su carácter y la locuacidad graciosa de su lenguaje, hacíanla aparecer, no sólo bella, sino en extremo interesante y seductora.

Con tales atractivos, y en el ambiente malsano que respiraba, no es extraño que la joven, sin la aureola bendita del candor, que tan bien sienta en los pocos años, conmoviendo las fibras pasionales de los que la veían y trataban, oyese con frecuencia proposiciones y palabras libidinosas, que, contra lo que hubiera creído cualquiera, impresionándole de modo muy singular, cual música desacorde en sus oídos, ella rechazaba instintivamente con indignación, sintiendo subir a su rostro el encendido carmín de la vergüenza, porque, a pesar de la inmoralidad y mal ejemplo en que se educaba, del aire maléfico que respiraba, en continuo consorcio con el vicio, precisamente en la edad en que la criatura despierta a los tiernos latidos del corazón, en que siente atracción poderosa a las primeras sensaciones del amor, Mauca,

pudorosa y casta por naturaleza, lejos de engreírse con las ternuras, los ofrecimientos y tentadores halagos de sus apasionados, huía de ellos, experimentando profunda aversión hacia los que pretendían sus favores, sin duda porque su alma aun no estaba pervertida, tal vez porque no se conmoviera todavía su pecho con los dulces sentimientos amorosos, o más bien porque consevara grabada en la memoria la última exhortación del párroco advirtiéndole repetidamente que no se fiara de los hombres, porque todos eran malos y engañadores. Lo cierto es que se burlaba y reía de ellos sin rendir su voluntad a ninguno ni prestarse a nada que atentase contra su honor y dignidad, mostrándose en esto tan intransigente y enérgica como cuando, hecha una salvaje, se defendía a pedradas y bofetones de aquellos zulús del Portillo que la mortificaban con injuriosas palabras y brutales acometidas.

Juliana, conduciéndose prudente en este punto, sin tratar nunca de reprobar las rebeldías de la muchacha en materia como ésta y, sobre todo, en la trascendental cuestión de decidirse algún día por alguien, asunto que, si no con la

delicadeza y discreción con que lo miraría un juicio sano y recto, considerábalo aquélla de la mayor importancia, así como el más cómodo medio de solucionar la existencia femenina, se complacía, sin embargo, en que su hermana tratase con desvío a los que la asediaban, alegrándose de que no se comprometiese con ninguno, porque aun era muy joven, y, además, mientras estuviese a su lado, no le haría falta nada; tenía tiempo y encantos suficientes para esperar una buena proporción.

De igual parecer demostrábase don Ubaldo Berriola (tal era el nombre del amante de Juliana), quien, por su parte, habiendo tomado afición a la niña, como los dos seguían llamándola, no quería tampoco que se alejara de ellos, y tanto interés llegó a inspirarle Mauca, que no pudo menos de significarlo en sus manifestaciones, suprimiendo por completo las salidas nocturnas y la concurrencia de amigos a la casa, a fin de dedicar las horas que sus obligaciones y asuntos particulares le dejaban libres, a su instrucción, ensenñándola con paternal solicitud, en las veladas de invierno, a leer, escribir y contar, cosas que no tardó en aprender la inteli-

gente muchacha, con admiración de Juliana, que jamás consiguiera otro tanto, y con singular satisfacción del maestro, que de continuo agasajaba a la discípula con golosinas y regalos en premio de su aplicación.

IV

Así se deslizaron los días, y llegó la primavera con sus florescencias y esplendores, saturando el aire de aromados perfumes y haciendo vibrar los corazones como con nuevos gérmenes de vida a los sensibles acordes de la naturaleza.

Nada había mudado hasta entonces de aspecto, continuando de igual modo las lecciones y la alegría entre aquellos seres; pero un día negóse en absoluto Mauca a proseguir su educación, fundándose en que ya sabía bastante y no quería aprender más. En vano la rogó, haciéndola mil ofertas, su profesor, para que se dejase instruir todavía lo que necesitaba. La niña se sostuvo firme en su negativa, no admitiendo ya los regalos, ni siquiera las cariñosas atenciones que con ella solía tener

don Ubaldo, y mostróse con éste, desde aquel día, desdeñosa, fría y reservada, rehuyendo cuanto le era posible su vista y trato, de tal modo que, observándolo Juliana, la amonestó severamente, tachándola de indómita y desagradecida, sabiendo lo que ambas debían a su protector; pero Mauca, sin dar más explicaciones, siguió en su actitud esquiva, causando tan extraordinario cambio de carácter no poco disgusto a su hermana.

No podía comprender ésta, por más que pensaba, cuál sería la causa que había tornado a la muchacha, de jubilosa y comunicativa, en sombría y huraña, y atribuyéndolo a que se hubiera encaprichado por algún hombre de quien quizá no fuera corespondida, sin duda por no haber reparado aquél en sus méritos y lindezas, procuró indagar la verdad, espiando sus actos e incitándola, cuando se hallaban solas, a que se franqueara, no obteniendo más que la certeza, por afirmación de la misma moza, de que su pecho no se hallaba interesado aún por nadie.

Expresando al fin a su amigo el temor de que la niña estuviese enferma, propúsole aquél, entre otros medios de distraer a la joven, que

parecía cada vez más taciturna, organizar algunos paseos al campo, puesto que el buen tiempo lo permitía ya, empezando por ir aquella misma tarde los tres en coche a la Bombilla o a algún otro punto de las afueras a merendar.

Aceptada la propuesta, comunicó Juliana a Mauca el proyectado paseo, y después de mucho trabajo, para lo cual tuvo que emplear todo su cariño y prestigiosa autoridad sobre ella, logró al fin convencerla y disponer su ánimo favorablemente al plan convenido.

El paseo, cuyo itinerario determinóse al cabo fuese hacia la Ciudad Lineal, resultó ameno y agradable, yendo por la Prosperidad y llevando al paso los caballos del carruaje con objeto de disfrutar mejor del templado ambiente primaveral de aquella hermosa tarde, y espaciar a la vez la vista en lo poco que realmente tienen que admirar dichos sitios, hasta las proximidades de la linda barriada adonde se dirigían, cuyos terrenos ofrecen más pintoresca perspectiva, con sus calles de árboles alineados, sus casitas y hoteles con jardín, de variadas estructuras y tamaños, y otra porción de construcciones destinadas a fondas, establecimientos abastecedores de la localidad y centros de re-

creo para el vecindario, como es el edificio del precioso teatro allí erigido, en el cual suelen celebrarse interesantes concursos, variedad de espectáculos y obras escénicas, en las que toman parte aficionados y aun artistas profesionales, con gran placer de las personas que allí residen y de la multitud de gente que de Madrid acude a gozar de tales atractivos, sobre todo en el verano, que es cuando más fiestas organizan con objeto de llevar público y hacer de día en día más próspera y feliz la existencia de la Ciudad Lineal.

El cansancio del largo trecho recorrido en coche, y el fresco del atardecer, recordaron a nuestros paseantes la necesidad de fortalecer sus estómagos con cosas tonificantes y aperitivas, y mandaron al cochero detenerse ante el restaurant situado en el Parque de diversiones, donde, apeándose y acomodados pronto en departamento reservado, pidieron al camarero que se acercó a servirles, de todo lo más apetitoso que hubiera en la casa.

No escasearon los manjares y buenos vinos, que consumieron en abundancia, en particular Juliana y su protector, tratando ambos de incitar a lo mismo a la chica, que, un tanto anima-

da, probó de varios platos y bebió algunos tragos, aunque no todo lo que intentara hacerle beber don Ubaldo con extremada solicitud.

Así, pues, con el bienestar de la necesidad satisfecha, la dulce laxitud producida por los ardores espirituosos y la alegría de creer más contenta a Maucá, trascurrieron dos horas y aun se hallaban alrededor de la mesa paladeando el exquisito Monóvar, que tanto agradaba a Juliana, la que, mareada con la mezcla de licores, no hacía más que disparatar y decir vaciedades sin fundamento ni fijeza, sólo por hacer reír a los demás, cuando, pretextando coger la servilleta que se le había caído, acercó un momento don Ubaldo sus labios al oído de Mauca y pronunció algunas palabras, en voz tan baja, que la otra no pudo oír, ni siquiera apercibirse de la acción, en el estado de inconsciencia en que se hallaba.

Inmutada, al pronto, la niña no contestó; mas reprimiendo su impresión, no queriendo dar señales de haber entendido lo que aquél la dijera, continuó, al parecer, tranquila e indiferente buen rato, esforzándose por sonreír a las sandeces de su hermana, hasta que, sudorosa, con fatiga indecible, aparentando también ha-

llarse embriagada, se levantó simulando que se ahogaba en aquella atmósfera, y diciendo que tenía precisión de respirar un poco de aire libre, se dirigió hacia fuera. Sin detenerse un punto, Mauca salió al campo con la decisión de quien sabe lo que va a hacer, aunque, en realidad, maquinalmente, a la ventura, en el preciso momento en que un hombre, saliendo al par con ligereza del mismo restaurant, quedóse parado en la calle, sin duda con objeto de coger el tranvía de vapor que se veía venir, en dirección hacia los Cuatro Caminos.

Como quien toma una suprema resolución, sin calcular un instante a lo que se arriesgaba, la joven acercóse precipitada a aquél, exclamando con angustiada voz, con el espasmo del miedo, con el profundo terror de quien se halla amenazado de un próximo peligro:

— ¡Por Dios! ¡Sálveme usted! ¡Me encuentro en un grande apuro! ¡Sálveme usted, por Dios!

El hombre, sorprendido por tan inesperado suceso, pero sin tiempo para deliberar porque el tranvía llegaba en aquel instante, mandó detenerlo, y, haciendo subir a la desconocida, penetró a su vez tras ella y sentóse en el único asiento que había vacío, frente del que ocupó

la mujer que acababa de reclamar su auxilio, viendo entonces, con nueva sorpresa, que se trataba de una joven, casi una niña, de singular belleza, vestida con cierto atildamiento, como artesana en día de fiesta.

Cuando, pasados unos minutos, pudo ir dominando Mauca su excitación nerviosa y darse cuenta de lo que la rodeaba, notó, a su vez, que su amparador era un joven como de veinticinco años, de aspecto simpático, enlutado y con toda la apariencia de un industrial acomodado.

Llegado el vehículo a su límite de parada, descendieron los viajeros, encaminándose, unos, hacia el tranvía eléctrico, y los demás por diferentes direcciones, en tanto que aquéllos, después de bajar, detuviéronse, preguntando el hombre a su protegida, que parecía indecisa y atribulada:

—¿Adónde quiere usted que la acompañe, joven?

— No sé..., adonde usted quiera—respondió ésta balbuceando.

— ¿Vive su familia muy lejos?—volvió a interrogar aquél, sin hacer alto en la respuesta vaga de la muchacha ni dar valor a sus incoherentes palabras.

—¡Ay, no, por el cielo!, lléveme usted a cualquier parte menos a mi casa: se lo pido por lo que más quiera en el mundo! — dijo llorosa, con acento suplicante y temblando estremecida por aquella idea.

— La cosa es un poco fuerte y anormal — murmuró el joven hablando consigo y vacilante ante el compromiso en que le ponía la aventura.— Otro hombre de menos conciencia — siguió pensando — daría fácil solución a este asunto aprovechándose del favor que le brinda la suerte esta noche, aunque después no volviera a ocuparse más de la individua, que acaso sea una perdida, y sabe Dios por qué delito huirá de tal modo de los suyos; pero no abusé jamás de las circunstancias, por favorables que fueran, y menos he de hacerlo en la ocasión presente, en que una débil criatura reclama mi auxilio y ha menester mi amparo.

— Bien — agregó en voz alta —, ignoro quién es usted y por qué motivo se halla en trance aflictivo; mas, por el pronto, la conduciré a usted a sitio seguro, donde no tenga nada que temer. Y, haciéndole señal de que le siguiera, se dirigieron hacia otro tranvía que en aquel momento se detuvo cerca, y, subiendo en él, indicó

a la muchacha un asiento, quedándose él en la plataforma. De este modo siguieron durante algún tiempo, hasta llegar a la red de San Luis, donde se apearon, encaminándose entonces juntos por las calles del Caballero de Gracia y del Clavel a la de San Bartolomé, donde tenía su domicilio el generoso protector de Mauca.

Ésta, que sin duda había reflexionado ya un poco acerca de su situación presente, y deseaba explicar de algún modo su extraña conducta, dijo a su bondadoso acompañante que, hallándose amenazada de una desgracia inmensa, de una violencia cruel, contra su voluntad, si continuaba un día más entre las personas con quienes vivía, había tomado la resolución de huir de su lado, pensando, desde luego, buscar alguna colocación, puesto que era pobre, a fin de ganar la vida honradamente con su trabajo.

— Recuerdo — añadió — que en cierta ocasión me hablaron de hospederías en las que acogen a las pobres chicas que no tienen donde parar, y las facilitan luego ocupación en casas de familias dignas y respetables; creo que una es en la calle de Fuencarral; ¡si quisiera usted guiarme hacia allí!

— Sí, esa institución es la del Servicio Do-

méstico; pero ya he hecho intención de conducir a usted, por el pronto, a mi casa, de la que ya estamos cerca; mi madre es muy buena, y no dudo que la dará hospitalidad por esta noche; mañana usted resolverá lo que guste, y con el auxilio de mi madre hará lo que tenga por conveniente.

Pocos minutos después entraban en un comercio de calzado, en el preciso instante en que una mujer, vestida de negro, gruesa y de aspecto bonachón, ayudaba al dependiente a cerrar el escaparate por el lado exterior, después de haber descolgado entre los dos la variada colección de botas y zapatos que, como muestra del gran surtido que contenía la casa, famosa por la baratura y excelencia de su género, llenaba durante el día los quicios de la puerta.

Ninguna extrañeza produjo, al pronto, al ama del establecimiento la presencia de aquella joven, creyéndola parroquiana nueva que, casualmente, llegaba a la vez que su hijo; pero cuando Miguel, llamándola a la trastienda, después de rogar a la muchacha que se sentara un momento, la habló reservadamente exponiéndola sin rodeos lo ocurrido, y su ofrecimiento de acoger a la cuitada por algunas horas, el

asombro de la sencilla mujer fué imponderable, y su primer impulso de protesta ante la intrusión de aquella desconocida en su vivienda.

— Pero ¿tú sabes, hijo mío, si será verdad lo que te ha dicho? No se explica muy claro, ni parece natural, que huya tan misteriosamente de un peligro sin pedir socorro a los de orden público. ¿Quién nos asegura que, en vez de una infeliz, no sea una bribona, que en cambio del beneficio que la hagamos nos pague con algún disgusto?

— Cierto que no la conozco, madre, y que acaso he sido demasiado confiado; mas eran su apuro y azoramiento tan grandes, me pidió que la amparara con tal premura y tan verdadero acento de angustia y desesperación, que, sin tiempo siquiera de reflexionar, la presté mi apoyo, pensando que usted, siempre tan generosa, me ayudaría a completar la buena obra. La desdichada, además, es tan niña, que sería un cargo de conciencia abandonarla en su aflicción. Hágalo usted, al menos, por esta noche, y mañana tome usted la providencia que le parezca.

— Sí, sí; eres igual que tu padre — refunfuñó la mujer —: toda su vida se la pasó hacien-

do bien a la gente, y recibiendo, en pago, molestias y pesadumbres.

De la conversación sostenida al día siguiente con la intrusa, dedujo la señora Eulogia que, a pesar de la reserva observada por aquélla, no aclarando el misterio de su escapatoria, no parecía ser mala muchacha, en cuyo supuesto, y atendiendo a su deseo de colocarse de sirvienta, convino con ella que por unos días se quedaría en su casa ayudando a los quehaceres del interior, y si los hacía a su gusto, cumpliendo bien, continuaría a su lado, señalándole entonces un módico salario, con el ofrecimiento, además, de enseñarla el oficio en los ratos que le dejaran libres sus obligaciones, a fin de utilizar su trabajo de confección para la tienda, y en provecho propio, si se prestaba fácilmente a ello.

Mauca, agradecida a tan inestimables favores del hijo y de la madre, aceptó de la mejor voluntad lo propuesto, y dando gracias al cielo desde lo íntimo de su corazón, por haberla deparado refugio entre tan buenas personas, procuró desde el primer momento hacerse agradable, llenando cumplidamente sus deberes, y más adelante aprendiendo el pespunteado de

las palas a máquina, cuando se lo permitían sus principales atenciones.

Pronto, con su buen comportamiento y disposición para todo, cobráronle afecto sus amos, que vieron confirmadas las dotes de inteligencia de la muchacha en cuanto hacía; en vista de lo cual, dadas su docilidad, sus excelentes prendas y buena educación, tratáronla con entera confianza, como a persona de la familia, y a los pocos meses decidió la señora Eulogia que la chica no se ocupase más que de la obra para el establecimiento, que era lo más importante, volviendo a ocupar en los demás menesteres caseros a la misma asistenta de antes.

La joven, tranquila en apariencia, y hasta contenta a veces, parecía cifrar sus afanes y anhelos sólo en llenar debidamente su misión y captarse la simpatía y estimación de sus protectores, y durante mucho tiempo ni aun quiso salir a la calle sino rara vez, algún domingo, en compañía de su ama.

Una tarde canicular, época quebrada para el negocio, y en la que había poco que hacer, pidió permiso Mauca para ir a unas compras. A su regresó creyó observar la señora Eulogia ciertos rasgos de tristeza en su semblante; mas

no intentó llamarla la atención con preguntas, sabiendo lo poco comunicativa que era, y no volvió a preocuparse de ello.

Pasados unos días, demandó la chica nueva autorización, que fué igualmente otorgada, para salir con otro pretexto, rogando esta segunda vez que durante aquel tiempo, de escaso trabajo, la dejara libre algunas horas, un día en la semana, con objeto de hacer un poco de ejercicio paseando.

No se opuso su ama a tal deseo, considerándolo muy natural; pero tampoco pasósele por alto el ceño de disgusto con que tornara Mauca las varias veces que repitiera su salida, y en ocasiones hasta con los ojos enrojecidos, señales evidentes de haber llorado.

¿Qué significa esto? Solía preguntarse interiormente la buena mujer, llena de extrañeza, en la certidumbre de que la joven no tenía familia en Madrid, ni amores, ni amistades, según ella misma había dicho, asegurando que sólo tenía a su madre en el pueblo de su nacimiento. Sabía, además, que la chica era prudente y honrada, a juzgar por su conducta en los diez meses que llevaba en la casa, y no comprendía el porqué de su tristeza; acaso fueran



malas noticias del pueblo o exigencias de su madre pidiéndola dinero, no satisfecha con las pequeñas sumas que la joven le mandaba de vez en cuando. En fin: ya veremos, pensaba; veremos si en alguna ocasión se franquea demostrándome su confianza.

V

Miguel, mozo juicioso y aplicado, había recibido educación más amplia y esmerada de lo que se acostumbra en la clase de menestrales, pretendiendo la señora Eulogia hacer de él un hombre de carrera, a lo que el joven se prestó, más por complacer a su madre que por vocación, pues creía que el hombre no debe extralimitar sus aspiraciones más allá del nivel que en la sociedad le corresponde por sus principios; a la muerte de su padre, el señor Isidro Martínez, ocurrida hacía próximamente un año, desistió aquél de tales propósitos de carrera y púsose al frente del establecimiento con el fin de auxiliar a la viuda en el sostenimiento y adelanto del negocio, que rendía bastante ganancia.

Serio y formal como pocos, a los veinticuatro años no se le habían conocido aún amores

ni aficiones peligrosas; su único cariño era su madre; su preocupación constante, el incremento y buena administración de los intereses de su casa, y el mayor placer que se permitía, ir por las noches al café y, contadas tardes, a algún merendero de las afueras de la villa para dar el paseo más largo.

Entre las oficialas que trabajaban a diario en el obrador, una de ellas, hermosa criatura de diez y ocho estíos, morena y ardiente como una africana, había logrado, con estudiado y singular coqueteo, atraer la atención de Miguel, hasta el extremo de que éste la acompañara alguna vez de paseo y la distinguiera con atenciones y obsequios, razón por la cual, confiando ella en su poderoso atractivo, habíase hecho la idea de rendir a su voluntad el corazón de aquél, que era tan excelente partido para una muchacha como ella.

Cuando, a poco de haber entrado Mauca al servicio de aquella familia, llevóla el ama al obrador como una de tantas, prodigándola afectos y consideraciones no usadas con las demás, sintió Elisa malestar extraño, disgusto hondo, indecible, algo así como opresión de garganta, que la produjo, al mismo tiempo, un senti-

miento profundo de despecho, de ira reconcentrada, cual si adivinase su derrota en el pecho del hombre que ella quería para sí. Disimuló, no obstante, su antipatía hacia la intrusa, procurando, por todos los medios, no perder un ápice del terreno conquistado; pero Miguel no pasaba de obsequioso y fino con ella, y en vano se esforzaba Elisa por conseguir su objeto.

El joven comprendió el juego de ésta, y aunque le agradaba su físico y gustábale pasar el rato oyendo su picaresca y chispeante charla, ponía buen cuidado de no caer en la red de sus encantos.

Cierto que, desde la noche de su encuentro con Mauca, le preocupaba no poco el secreto pasado de ésta y su especial modo de ser, taciturno y reservado, tan raro en su juvenil edad. Además, el respetuoso afecto que demostraba hacia su madre, y el buen lugar que había sabido granjearse en el ánimo de todos con su correcto comportamiento, le confirmaron cada vez más en la favorable opinión que desde el principio formara de ella.

En el tiempo que llevaban estos dos jóvenes viviendo en familia, pues la dueña de la casa, con su llaneza y bondades características, no la

trataba como a inferior, sino más bien como a una hija, nunca había habido entre ellos la menor confianza; respetábanse mutuamente, y jamás hablaron ni hicieron alusión alguna a las singulares circunstancias que motivaron su conocimiento.

Pronto adivinó Mauca el interés particular de Elisa por Miguel, y observara las preferencias que éste usaba con la oficiala, de lo cual supuso que ambos se entendían amorosamente sin que lo supiera la señora Eulogia, a juzgar por lo ajena que se hallaba ésta de que su hijo hubiese dado palabra de casamiento a ninguna mujer.

Así las cosas, llegó una tarde de las más rigurosas del verano, de esas en que la atmósfera, enrarecida por el polvo y el fatigoso calor que en el ocaso del astro solar emana la tierra, hállase impregnado el ambiente de un vaho irrespirable.

Hacía días que Elisa, a pesar de sus habilidades femeninas y sugestivos ardides para conquistar el cariño de Miguel, notaba en él cada vez mayor frialdad y desvío hacia ella, y figurándose que existía alguna rival afortunada, que acaso sería su compañera de trabajo, por más que no tenía prueba que lo corroborara, bas-

tándole sólo el que vivieran bajo el mismo techo para suponerlo, segura de que tendrían ocasiones sobradas de entenderse; poseída de profundo despecho, de celos rabiosos, juró tomar sus medidas contra aquella pobretona desconocida que tan disimulada y arteramente le robaba el afecto de aquel hombre.

Era jueves. Correspondía a Mauca su salida semanal, y marchó, quedando en su trabajo Elisa. Después de despedirla afectuosamente en la puerta, como solía hacer con aquélla, la señora Eulogia tornó adentro de la tienda y dirigióse al obrador exclamando:

— ¡Pobre chica!; es la única distracción que se permite: pasear un rato una vez en la semana; es tan buena y trabajadora, que sería una tiranía no complacerla.

— Más vale así, que usted crea eso — objetó con tono irónico y sonrisa maliciosa la oficiala, sin dejar de dar movimiento a la máquina.

— ¿Cómo? ¿Tú crees otra cosa de esta muchacha?

— ¡Señora, no hay que fiarse de las apariencias!

— Pero..., ¿qué tienes tú que decir de la Mauca?

— Algo diría si usted no se incomodara conmigo.

— Bueno, habla; ¡vamos, que me tienes impaciente por saberlo!

— Pues como ya hemos observado todos que siempre vuelve disgustada de sus paseos, no figurándome nada bueno, me dió la idea de averiguar la causa para ponerla en conocimiento de usted a fin de que supiera a qué atenerse respecto a su protegida, y un día encargué a mi hermano pequeño que la siguiera, el cual la vió entrar en cierto sitio sospechoso que me hizo pensar, naturalmente, mal de ella. No bastándome esto, por si mi hermanillo se había equivocado al darme las señas de la casa en que entró, yo misma, a mi salida de aquí el jueves pasado, me puse en acecho desde un portal, y, en efecto, a poco la vi salir sola, muy sofocada y con gran excitación, de la casa indicada. Desde entonces procuro hablar lo menos posible con ella, porque su trato, en vista de su conducta dudosa, como usted comprenderá, perjudica a una muchacha honrada como yo.

— ¿Es posible, Elisa? ¿Estás segura de lo que dices?—, exclamó la recta mujer, sin querer dar crédito a lo que oía.

— ¡Ya lo creo! Tan segura, que no tengo inconveniente en repetir lo dicho delante de ella misma.

— ¡Oh, calla! No puedo creerlo, no puede ser; es imposible que esa chica, tan juiciosa y prudente, nos engañe de tal modo, siendo, bajo su aspecto de buena, una mujer indigna, hipócrita y viciosa. Esto hay que ponerlo en claro, y, si resulta cierto, si es verdad lo que acabo de saber, no estará ni un momento más en mi casa. ¡Jesús, y mi hijo que la tiene por una virtud intachable! ¡Cómo se va a quedar cuando sepa la prenda que tenemos a nuestro lado! ¡Para fiarse de quien no se conoce! ¡Si ya lo presumí, que su acogida nos costaría disgusto! ¡Tantas consideraciones como teníamos con ella! No continuará aquí, no; yo no he de permitirlo. Ya me explico el porqué de su tenaz empeño en no descubrir su vida pasada, y, sobre todo, en ocultar la verdadera causa de su encuentro con Miguel...

— Fué una cosa muy rara aquella, por lo que tengo oído — interrumpió Elisa, añadiendo con la peor intención —; quizá se conocieran ya los dos de antes, y urdieron una comedia para meterse ella en esta casa abusando de

la buena fe de usted, hasta el extremo que lo ha hecho, y... ¡quién sabe lo que habrá entre ellos sin que usted lo sepa!

La señora Eulogia, al escuchar tales palabras, exclamó con tono airado y la voz alterada por la indignación:

—¡Ten cuidado con lo que hablas, porque acusas también a mi hijo, que es incapaz de una mala acción!; y si todo eso resultara una calumnia, un chisme inicuo, tú serías la que saldría inmediatamente de aquí, por enredadora y embustera.

Y volviendo la espalda, visiblemente agitada, fuese a despachar a una parroquiana, que, con un niño en brazos, acababa de entrar en la tienda pidiendo zapatitos para el bebé.

Más tarde que nunca, y cuando ya la señora Eulogia, con la impaciencia propia de su genio vivo y el disgusto que sentía desde que supo lo dicho por Elisa, lo cual iba relacionando en su interior con sus propias observaciones, llegó Mauca jadeante y cansada, como de haber andado mucho y de prisa. En el acto, sin dar tregua a nada, llevóla su ama a una habitación de adentro, la más retirada, donde, sin testigos, la sometió a minucioso interrogatorio,

como severo juez, sin decirla quién la había puesto en antecedentes de lo descubierto respecto a ella.

Mauca, sorprendida por aquel ataque inesperado, intentó negar lo que se le atribuía; pero de manera tan burda lo hizo, y cayendo en tantas contradicciones, que, al fin, apremiada por la madre de Miguel, confesó haber ido algunas veces a la casa mencionada, pero sólo con objeto de visitar a una paisana suya; lo cual, confirmado por ella misma en términos tan vagos y desfavorables, acabó de colmar la medida que llenara de amargura el corazón de la señora Eulogia, quien, rebosando en cólera, llamó falsa e ingrata a la joven, y sin atender, ya fuera de sí, a las razones con que intentaba ésta, inútilmente, calmarla, sin reparar en sus lágrimas, ni pensar siquiera en el abandono que dejaba a la infeliz, la mandó que al punto recogiera su ropa y se marchase a la calle, porque lo sabido era bastante para no consentirla un momento más en el seno de una familia honrada.

No hubo medio de convencer a la dueña de la casa.

Mauca, vertiendo llanto de dolor inmenso, hizo un lío con las modestas prendas de su per-

tenencia, y sin poder despedirse del ama, que no quiso verla más, tomó la cuenta, que le entregara el dependiente, y salió atontada, indecisa, bebiéndose las lágrimas que caían ardientes de sus ojos, y sin saber qué dirección tomar, echó a andar maquinalmente hacia arriba, tornando por el mismo camino que poco antes trajera.

VI

Volviendo atrás de nuestro relato, en esclarecimiento de los hechos, recordaremos que, al principio de su entrada providencial en casa de los honrados burgueses, excusóse Mauca de poner los pies en la calle durante mucho tiempo, pretextando no gustarle salir; pero, en realidad, por temor de que el amante de su hermana descubriese su paradero. Sólo el recuerdo de aquel hombre le producía repugnancia infinita, horror invencible, y quería permanecer ignorada hasta de la misma Juliana, a pesar de la gratitud y del cariño que sentía hacia ella. Ahora comprendía bien todo lo triste y reprochable de la situación anormal en que vivía su hermana, unida ilícitamente, sin amor, por vil interés nada más, a aquel ser tan degradado y

desposeído de sentimientos nobles y de creencias religiosas.

Pasados los primeros meses en la quietud de su nueva morada, entregada, de buen grado, a sus tareas, y hallando en el trabajo lenitivo eficaz a sus temores, logró, al fin, desechar éstos, en vista de que parecía ya olvidada de aquéllos, puesto que, no habiendo averiguado su residencia en los primeros momentos, no se habrían vuelto a ocupar de ella, ni la buscarían ya; en cuya suposición, renaciendo la tranquilidad en su espíritu, vivió casi feliz, sintiendo cada día mayor agradecimiento y cariño hacia sus protectores. De acuerdo con éstos, que lo creyeron muy natural, y demostraba las buenas ideas de la chica, empezó a enviar, de su módico sueldo, un socorro trimestral a su madre, ya bien achacosa, a causa de la vida miserable y llena de privaciones que arrastraba.

Una de las veces que la mandó dinero por medio del ordinario del Portillo, el mismo que la acompañara a Madrid, a quien ella, en persona, iba a entregárselo en la posada ya conocida, tuvo por éste noticias muy desagradables. La vieja, cada día más enferma, envió al tío Leoncio a solicitar un socorro de la Juliana; mas

ésta había desaparecido; el hotel se hallaba en obra, bajo el nombre de nuevo dueño, y nadie daba razón de su última inquilina.

Intrigada con tales informes, sintió Mauca deseos de saber algo más. Entonces, suplicando que la dejaran salir un día por semana, fué, por sí propia, a indagar por la vecindad de donde viviera antes en la Guindalera, noticias de su hermana, que no faltó quien se las proporcionara concretas.

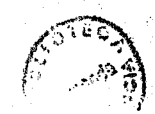
A raíz de su fuga, que fué comentada y criticada a capricho de los murmuradores, originando grandísimo disgusto a Juliana, que la buscó inútilmente, aquel señor don Ubaldo, antes solícito acompañante de la joven, de repente dejó de visitarla, no volviendo más a parecer por el hotel. Puesto éste en venta, cambió de propietario, viéndose la inquilina obligada a salir de la casa, que dejó con pena, y marchó del barrio sin decir a nadie su nuevo domicilio. Sin embargo, alguien tuvo ocasión de saberlo, y, con maliciosas palabras de doble sentido, indicaron a la pobre Mauca las señas, en Madrid, de la vivienda de Juliana, añadiendo que los periódicos de la Corte habían dado cuenta, por la misma época, de un desfalco en una importan-

te casa comercial, cuyo cajero, don Ubaldo Berriola, acusado del robo, fué detenido en el preciso instante de ir a embarcar en Cádiz para la República Argentina, y se hallaba preso en la cárcel.

La impresión que estas noticias hicieron en el alma de la infeliz niña, fué dolorosísima. El que se llamaba protector de su hermana, aparentando ser persona digna y de buenos sentimientos, no era sino un canalla, un ser innoble, de lo más vicioso y abominable que existía; no en vano sintiera tal antipatía y repulsión hacia él cuando comprendió claramente sus aviesas intenciones respecto a ella, manifestadas sin rebozo y con feroz amenaza de muerte si se resistía más, en las frases que la dijo por lo bajo aquella noche de triste recuerdo, en la Ciudad Lineal.

¡Pobre Juliana, lo que habría sufrido viendo por tierra el castillo de sus ilusiones!

Aprovechó Mauca la primera ocasión de ir a verla, y supo por la misma todo lo acontecido. El cruel abandono de que fué víctima a consecuencia de nueva distracción amorosa de don Ubaldo con una comedianta italiana, cuya conquista le indujo a distraer una fuerte suma de



la caja a él confiada, y su detención cuando marchaba con su adorada aventurera, pensando gozar en otro país impunemente de sus criminales y odiosos actos, todo lo cual supo fácilmente por las informaciones de la Prensa. Y como, obligada por las circunstancias, no pudiendo ya avenirse a otro género de vida, de trabajo y servidumbre tan penosa, hospedóse en aquella casa, donde, a poca costa, en cambio de atenciones y complacencias por su parte, ganaba dinero para sus necesidades y caprichos.

Sin embargo, aunque Juliana prescindiera de toda idea de dignidad y de honor, lanzada ya, como estaba, en el abismo sin fondo del vicio, cuando le declaró Mauca lo que, hasta entonces, había sido un misterio para ella, la causa de su desaparición, debida a la terrible exigencia de don Ubaldo, pensamiento que la aterrorizaba, y la suerte que tuvo en dar con personas consideradas y buenas, que la acogieron bajo su amparo y con las cuales vivía dedicada honradamente al oficio de aquéllas, alegróse infinito, y la aconsejó cumpliese bien siguiendo por aquel camino, mucho menos expuesto a disgustos y sobresaltos que el que ella había emprendido.

Bien hubiera querido Mauca hacer comprender a su hermana el mal que a sí misma se hacía viviendo de tal manera, y lo comprometido que sería para ella, en adelante, verla, cosa que se abstendría de hacer mientras no mudara de costumbres; pero en vano, con su falta de experiencia y escasa educación moral, se esforzó la pobre niña por disuadirla: aquello no tenía ya remedio; no había habido quien la guiara a tiempo por mejor vereda; contestaba tenaz la Juliana: harto hacía con no inducirla a que siguiera ella su ejemplo.

— Además, cada mujer nace para lo suyo— agregó, por último, la rebelde criatura, poniendo fin a los insistentes ruegos de su hermana—; yo estoy aquí en mi centro; sigue tú siendo buena, si eso te place; así te casarás algún día, y vivirás como Dios manda, según dices, en tanto yo disfruto, a mi manera, del mundo; conque no te molestes en repetir tonterías, y déjame en paz.

Esta fué la primera vez que tornó Mauca triste y llorosa a casa de sus amos.

Calculando, a pesar de su juvenil ignorancia, lo peligroso que era para una chica de intachable conducta concurrir a lugares deshonrosos y

de perdición, donde toda mujer que entra, sea cual fuere su objeto, es señalada por el estigma de la maledicencia, hizo intención de no volver más al domicilio de su hermana, y cumplió algún tiempo su propósito; mas una tarde no supo resistir a la tentación de preguntar por Juliana, y, habiéndosele dicho que estaba enferma, haciendo caso omiso de toda preocupación, entró a verla.

El mal no era de cuidado, al parecer: sólo falta de fuerzas, algo de opresión en el pecho y tos pertinaz y molesta; quizá un enfriamiento, nada de particular; ni la misma Juliana daba importancia al padecimiento. Pero Mauca, un tanto alarmada por la rara palidez, la debilidad y demacración que observó en aquélla, no dejó ya de visitarla todas las semanas, llevándole, siempre que podía, chocolate, bizcochos u otras golosinas. El último jueves, precisamente el día en que, más tarde, la expulsó de su casa la señora Eulogia, supo, con pesar inmenso, al tratar de verla, que, dados los progresos de su dolencia, en la imposibilidad de que continuase allí en tal estado, hacía cinco días que la habían trasladado al Hospital de la Princesa.

Poseída de profundo disgusto, la muchacha,

seguidamente, dirigióse al expresado caritativo establecimiento; pero ni lágrimas ni súplicas le valieron para lograr su deseo de ver a la enferma, fuera de la hora reglamentaria.

Sufriendo intensamente, más dolorida y apenada que nunca, volvió Mauca a su albergue, cuando, para colmo de desdichas, vióse sorprendida con la imprevista y cruel acogida narrada en otro lugar.

¡Si ella hubiera tenido valor para decir la verdad! ¡Si hubiese sido explícita con los que la favorecían, acaso no habría padecido tanto su reputación! Pero tuvo miedo de aclarar las cosas, temió desprestigiarse en el concepto de aquéllos, y, con su silencio, se perjudicó doblemente, viniendo a caer en el escollo que había querido evitar. ¡Y si siquiera hubiera dado oídos a sus razones la señora Eulogia, tal vez, descubierto el motivo de sus reservas, hubiera podido sincerar su conducta! Mas no hubo lugar a nada, y al fin tuvo que salir de aquella mansión, dejando, a su pesar, la peor opinión de ella en el ánimo de su ama.

—¿Qué hacer, Dios mío? ¿Adónde me dirijo? ¿Qué voy a hacer a estas horas?—gemía, en su interior, la desgraciada, mientras proseguía, sin

poder contener el llanto que bañaba su rostro, y nerviosa, inconsciente, hablando en voz alta, sin cuidarse de los transeuntes que la miraban curiosos, anduvo así varias calles siguiendo por la de Sagasta y Carranza, hasta dar frente al Hospital de la Princesa.

Dióse cuenta entonces del sitio en que se encontraba, y, acordándose de su hermana, miró, anhelante, a las ventanas del edificio. ¡Quizá junto a alguna de aquéllas sufriría la pobre en el lecho del dolor, olvidada de todo el mundo! Este pensamiento hízole experimentar pesadumbre tan grande, tan recóndito malestar, que, sintiendo flaquear sus piernas y oscurecérsele la vista, buscó punto de apoyo, y dejóse caer, sin fuerzas, en un banco de piedra.

Repuesta a poco del mareo, quedó largo rato en actitud reflexiva, y, sumida en sus cavilaciones, surgieron en su memoria todas las circunstancias pasadas y presentes de su vida, deteniéndose muy particularmente en la contemplación de los acontecimientos que la habían traído a tan sensible extremo; pero, ansiosa de ideas más gratas, cerró los ojos y dejó volar su imaginación por el tiempo de su niñez, cuando,

libre como los pájaros, sin pesadumbres ni anhelos, vivía alegremente, identificada con la golfería del pueblo.

Verdad que su madre no se había preocupado apenas de ella sino para maltratarla, por lo cual no la quería gran cosa; pero, al fin, era su madre, y ella no dejaría de favorecerla siempre que pudiera, como lo había venido haciendo últimamente.

De haber tenido una madre buena, ordenada y cariñosa como todas, ¡cuán distinta sería su suerte actual! Porque ellas, las tres unidas, podían haber trabajado allí mismo, en el Portillo, al servicio de vecinos acomodados, que los había labradores ricos, algunos con bastante hacienda; aunque hubiese sido en las labores del campo, sin educación ni galas, pero en una pobreza digna y cristiana.

Su pobre hermana no hubiera caído entonces en el extravío a que la había conducido su afán de engalanarse, ignorante de toda virtud, al verse, a su albedrío, en un centro populoso lleno de traidores incentivos, de engañadores encantos, de atractiva corrupción. Y ella, a su vez, sin conocer ni desear ninguno de aquellos goces de la gran capital, libre de preocupaciones

y de sinsabores, seguiría dichosa en la tierra donde nació, aprendiendo y poniendo en práctica las sanas doctrinas y excelentes máximas del padre Antonio.

¡Aquel señor sí que era bueno! La única persona del pueblo a quien conservaba profundo afecto, casi veneración. ¡Le hablaba el anciano párroco, en aquella época feliz, de cosas tan hermosas; la trataba con tal dulzura y benevolencia, y le dió tan provechosos consejos al venirse ella a Madrid, que no lo podía olvidar!

—¡Si estuviese aquí el padre Antonio — seguía reflexionando —, él me ampararía, estoy segura de ello, en esta triste ocasión, en este desolador abandono en que me veo, sola, sin casa donde guarecerme y sin persona que se interese por mí! El buen señor me indicó la existencia en la Corte de instituciones protectoras de criadas y de muchachas desvalidas...— Y, como si una luz la iluminara de repente, dejó escapar una exclamación de alegría, y sacando del buche de su blusa una cajita de cartón, en la que guardaba sus pobres adornos: peinecillos, alfileres, horquillas y un collar imitación de coral, regalo de su ama, tomó de debajo de todo esto un pequeño sobre cerrado,

cuya dirección leyó trabajosamente a la vaga claridad que hasta allí llegaba de la más próxima farola: «Asilo de la Santísima Trinidad, Marqués de Urquijo, 16.»

»¡Ah! Aquí me dijo el párroco que recurriera con esta tarjeta suya, si alguna vez me veía en trance apurado, a cualquiera hora que fuera... ¡Y yo que no me acordaba, y me creí precisada a pasar la noche a la intemperie, sin auxilio alguno! ¡Gracias, Dios mío! ¡Al padre Antonio deberé este beneficio! Pero... yo no sé dónde está ese Asilo, ni por dónde he de ir a dicha calle... Preguntaré al sereno, pues todo está ya cerrado, lo que prueba que es tarde. ¿Cómo he dejado pasar el tiempo sin pensar en este recurso salvador?

Y mientras miraba, afanosa, a uno y otro lado, con la esperanza de ver aparecer al nocturno guardián de aquellos sitios, no advirtió, hasta que estuvo cerca, la presencia de un hombre que, llegando por detrás de ella, púsose resueltamente a su lado, diciéndole, con el lenguaje grosero y borroso de los beodos, echando sobre la cara de la joven un vaho vinoso repugnante:

—¿A quién esperas, rubia? Si es a mí, ya me tienes aquí.

Mauca, sobresaltada por la imprevista acometida de aquel desconocido, de aspecto poco recomendable, irguióse, intentando huir, sin contestar al borracho; pero, asiéndola éste con fuerza de un brazo, la obligó a detenerse, añadiendo:

— Aguarda. ¡No voy a comerte, reina! Con tu palmito, y tan solitaria a tales horas, necesitas compañía, y yo me ofrezco a servirte de galán y a no dejarte así esta noche, porque me gustas, y puedo gastarme todavía contigo el dinero que me queda—dijo, haciendo sonar algunas monedas de cobre en el bolsillo; y, acercándose más a la asustada muchacha, quiso oprimirle el talle con uno de sus nervudos brazos.

— ¡Déjeme usted en paz y siga por su camino, o pido socorro! — exclamó aquélla, rechazándole y luchando por desasirse de aquel bárbaro, que no parecía dispuesto a soltar su presa, el cual gruñó con tormentosa calma:

— No grites, ni seas mojigata, que yo conozco el percal, y sé lo que dan de sí las mujeres bonitas como tú. Yo estoy antes que otro, ¿eh?; conque trato hecho, y vente conmigo, que te quiero convidar y probarte que soy hombre de circunstancias y de dignidad cuando es menester.

La desventurada niña, temblando de miedo junto a aquel hombre insolente y mal encarado, que de modo tan brusco se le ofrecía de compañero, queriéndola obligar a que lo siguiese, miró, en su infinita ansiedad, a todos lados, deseosa de ver aparecer a alguien, y dispuesta a ampararse de la primera persona que pasara.

Mas la soledad de la calle era completa en tales momentos.

Por fortuna, sin darse cuenta el atrevido sujeto, que, creyendo fácil conquista aquella, retenía a la muchacha, juzgándose dueño del terreno, requebrándola y amenazándola indistintamente, con el vocabulario grotesto y soez propio de la gente de baja estofa, vió Mauca brillar en la próxima esquina, como faro salvador el buque náufrago, la luz de un farolillo, que se movía, avanzando hacia ellos pausadamente. Comprendiendo que sería el sereno, la joven cobró ánimo, y, lanzando una involuntaria exclamación, como quien se ve libre, de pronto, de un peso aplastante, dió repetidas voces, llamando a aquél con apresuramiento y afán congojoso.

El vigilante, al oír tan apurado llamamiento y divisar, de lejos, un grupo sospechoso, avivó el paso hacia allí, pitando al mismo tiempo.

Viéndose, entonces, contrariado en su lúbrico deseo, el émulo adorador de Baco sacudió con fuerza a la esquiva que así lo desairaba, y vomitando una imprecación afrentosa, en un ímpetu salvaje, y antes que pudiera impedirlo el sereno, posó una de sus manos de hierro en el rostro de la infeliz criatura, que lanzó un grito de dolor, cayendo, casi sin sentido, en tierra.

Llegado inmediatamente aquél cuando el agresor intentaba huir, lo detuvo, y, con auxilio de otro compañero que acudió a la llamada, fué el brutal conquistador callejero conducido a la prevención; y la joven, ya más tranquila, agradeciendo la pronta intervención del sereno, a quien contó lo ocurrido y su afán de llegar al Asilo de la Santísima Trinidad, dispensada, a su ruego, de ir a declarar sobre la ofensa recibida, fué atentamente acompañada por el celoso vigilante hasta el límite de su demarcación, siguiendo todo el largo trayecto que hubo de recorrer recomendada de unos a otros, y bien defendida, hasta la misma puerta de aquella bendita mansión religiosa, que, tras de corta espera, se abrió para dar entrada consoladora a la atribulada Mauca.

VII

A la vuelta de su acostumbrado paseo, Miguel, notando algo anormal en su casa, que su madre le servía la cena en silencio, con cara de disgusto, y la falta de su protegida, preguntó, y supo con visible pesar, por boca de aquélla, lo sucedido y lo relatado por Elisa, a cuyo interés por ellos debió el descubrimiento de que albergaba en su casa a una perdida, a una farsante que los tenía engañados con su aparente humildad, y que no habiendo podido negar ésta los malos pasos en que andaba, tomó la determinación de arrojarla a la calle, segura de que obraba con justicia, evitando así las murmuraciones y males que podía acarrear una mujer de tal índole en un hogar honrado en el que había un hombre joven quizá no indiferente para ella...

—Madre, creo que ha andado usted un poco ligera despidiendo a esa muchacha, sin más pruebas que las aducidas por una extraña que acaso tenga un interés particular en desprestigiarla y botarla de esta casa—dijo con marcado disgusto, con tono de reproche, el joven, interrumpiendo la peroración de la señora Eulogia.

—¡Pero si ella misma—se apresuró a decir ésta—me confesó ser cierto que frecuentaba aquel tugurio!

—Me parece muy raro eso, madre; yo tengo una opinión muy distinta de la Mauca, como sé también a qué atenerme respecto a la Elisa, y siento, repito, que haya usted obrado tan de prisa, sin que hiciéramos antes por nuestra parte, con prudencia, las averiguaciones debidas...

—¿Y qué más pruebas quieres que la confirmación de su misma boca?

—Sin embargo, resulta cruel, y hasta caso de conciencia, abandonar así a los peligros de la noche a una infeliz criatura, sin familia ni persona que la favorezca, y ¡quién sabe si, obligada por la fatalidad, contra su gusto, habrá buscado refugio allí, donde tendrá alguna

desgraciada conocida! Desengáñese usted, madre, que si la Mauca tuviese instintos pecaminosos, no hubiera preferido vivir trabajando, sin las expansiones propias de la juventud, en la monótona compañía de una familia modesta. ¡Desdichada! ¿Cuál será a estas horas su paradero?

—Pero, hijo; no lo tomes tan a pecho... ¡Ni que tuvieras por ella otra clase de interés!... ¿Si tendrá razón la Elisa en sus sospechas?...

—No tiene razón esa mujer en lo que se haya atrevido a suponer de mí—dijo ya con alterado acento Miguel, desviando el plato que tenía delante, cuyo contenido apenas probó; y levantándose, dió algunos paseos por la habitación, añadiendo: —Es preciso saber la verdad; yo averiguaré lo que haya de cierto en todo esto.

Y dejando a su madre pensativa y pesarosa del altercado sostenido, cosa rara entre ellos, que jamás estuvieron desacordes en nada, sin decir una palabra más, metióse en su cuarto y se acostó, aunque sin sueño, deseoso de meditar en el reposo del lecho sobre el alcance de lo acaecido y lo que, en su juicioso concepto, debería hacer.

También la señora Eulogia, molestada por los cargos que la hiciera su hijo de haberse conducido con ligereza, sintiendo ahora no haber tenido paciencia para aguardar hasta el día siguiente, y el remordimiento de que lo hecho por su parte fuese causa de más grave perjuicio para la joven, que al fin se había portado bien en su casa, captándose su cariño y el de todos, pasó la noche inquieta, sin poder conciliar el sueño.

Con la dirección que la oficiosa Elisa facilitara a la señora Eulogia de la casa de mal vivir, de donde aseguró y juró, al ser interrogada otra vez sobre esto, haber visto salir a Mauca, empezó Miguel sus indagaciones en la mañana que siguió a la escena de la noche referida.

Allí averiguó, con verdadera pena, que, en efecto, una joven de las señas y nombre que daba, había ido varias veces a visitar a una pupila, hermana suya; pero que ésta hallábase hacías días gravemente enferma en el hospital, y no habían vuelto a ver a aquélla.

Dolorosamente impresionado por el resultado de su gestión, pero anhelando llevar adelante sus pesquisas, preguntó y obtuvo el nombre de la mencionada enferma y del estable-

cimiento donde se hallaba, y, aunque ya decaído su ánimo, tan favorable antes a Mauca, convencido ahora de que ésta no se había conducido con legalidad, callando o mintiendo en lo de no tener parientes en Madrid, y los escabrosos pasos que daba, no desistió, sin embargo, de continuar su penosa empresa de aclaración, y queriendo apurar hasta lo último la desilusión y desencanto de las hermosas condiciones morales con que había embellecido a su favorecida, determinó celebrar una entrevista con la referida enferma. Recordando entonces a uno de sus mejores compañeros de estudios, ya doctorado en medicina, a su intervención recurrió en demanda de un permiso particular, que le fué concedido, en evitación de las dificultades que opondrían a su visita intempestiva a aquella hospitalaria casa, y hacia allí se dirigió.

Sin comunicar a su madre lás desagradables noticias adquiridas, tan en consonancia con las que ya sabían, tornó a su morada, silencioso, taciturno, y esperó al otro día por no ser ya hora oportuna para su objeto.

Al penetrar, la tarde siguiente, en el gran salón con doble fila de camas, casi todas ocupadas por infelices que padecían, en más o

menos grado, enfermedades del pecho, sintió Miguel un hondo sentimiento de piedad y de respeto a la vez por el sufrimiento estereotipado en aquellos pálidos semblantes; pero su emoción fué mayor todavía cuando, junto al número nueve, correspondiente a la desdichada por quien preguntó, observó con tristeza el parecido extraordinario de ésta con Mauca, a pesar de la demacración y amarillez cadavérica de la una, y del color sonrosado, de vida, de la otra. No cabía duda en cuanto al próximo parentesco que existía entre ambas.

El estado de la paciente era de bastante cuidado, según dijo la bondadosa hermana de caridad que le indicó el número. La tuberculosis había hecho presa, con tal rapidez y en tales términos, de aquella endeble naturaleza, que no se creía en la posibilidad de curarla. Desahuciada ya por la ciencia, sus días no serían muchos, si no obraba en su pobre organismo algún milagro la Providencia.

Teniendo en cuenta el estado de la infeliz, ofreció el joven a la religiosa molestar poco a la enferma; así, ahorrando palabras, díjola, interpretando la mirada de interrogadora curiosidad que le dirigió ésta:

—Soy hijo del ama a quien sirve, en la calle de San Bartolomé, su hermana Mauca, y vengo... en nombre de ella a ver a usted.

Un impulso de caridad, propio de su nobleza de alma, le indujo a empezar mintiendo, ante el temor de ocasionar un disgusto a la enferma, diciéndola sin preparación la verdadera causa que le llevaba allí.

—¡Ah!..., ¿usted?...; ¡gracias!—contestó la joven, destellando en sus ojos un reflejo de alegría; y tras una breve pausa, continuó: —Estimo en mucho su visita, porque sé todo el bien que hizo usted a mi Mauca en momentos terribles para ella, y deseaba conocerlo para expresarle mi gratitud. Yo no la veo hace muchos días... Creí que hubiese venido el jueves...; mas, por una carta suya, que hace poco me ha entregado y leído sor Vicenta, sé que ya no está en la casa..., pero que ni usted ni su madre tienen la culpa de que haya salido de ella.

—¿Cómo? ¿Está usted ya en antecedentes de lo ocurrido? Perdone si he dicho que venía de su parte, no siendo así; temí cometer una imprudencia abordando la conversación de otro modo... Quizá haya usted comprendido entonces el objeto que aquí me trae... ¡Por favor!

¡muéstreme esa carta! Me interesa vivamente saber lo que dice y dónde se encuentra, si no hay inconveniente en ello...

La joven, un tanto sorprendida por la vehemente súplica de su interlocutor, que revelaba un grande y sincero interés por Mauca, dejó vagar en sus labios una leve sonrisa de satisfacción, y buscando penosamente bajo la almohada, sacó la carta y la entregó a Miguel, diciendo:

—Puede usted leerla.

El joven, aprovechando el permiso, la desdobló, y leyó lo siguiente:

«Querida Juliana: Anteayer supe con pena que, desde hace varios días, te encuentras en el hospital, lo que me prueba que continúas mal de salud. Yo hubiera querido verte aquella misma tarde, y lo intenté; pero no me permitieron entrar, y cuando, llena de sentimiento por tal motivo, regresé a casa de mis amos (siento darte un disgusto, pero es preciso que lo sepas), encontré a la señora enfadada conmigo, porque alguien le dijo que yo frecuentaba la casa donde tú vivías, y esto bastóle para suponer todo lo peor de mí, y echarme a la calle como a un ser indigno de estar entre per-

sonas decentes, sin escuchar mis excusas y razones en descargo de mi conducta.

»Verdad que yo no he sido todo lo sincera que debía con ellos; callé cuanto a ti se refería, por dignidad propia, por vergüenza... Perdona; pero ya sabes cómo pienso en cuestión de honra. Creí que mi reputación no padecería ocultando mi parentesco contigo, y ha resultado peor, pues esto mismo me ha perdido en el concepto del ama, que tan bien me trataba y quería.

»No sé cómo se ha sabido; pero tiene que haber habido alguna exageración, un especial deseo de hacerme daño, de desacreditarme en la opinión de los amos, porque de ella estoy segura que no ha nacido tal cosa; es muy buena, y lo mismo su hijo, el hombre de mejor corazón que he conocido; no me cansaré nunca de agradecer los favores que uno y otro me han hecho. ¡Dios se lo premie! Mas era demasiada dicha para mí continuar más tiempo junto a personas tan excelentes, y el infortunio me obligó a dejarlas a mi pesar.

»¡Qué tres horas de amargura, de dolor y de miedo, originado por un incidente que pudo tener fatales consecuencias, y que no es opor-

tuno referir ahora, pasé aquella noche frente al establecimiento donde te hallas!

»En mi tribulación, no sabiendo qué hacer, pensaba permanecer allí hasta el nuevo día; pero el Señor, piadoso siempre con los que le aman y los que sufren, me hizo recordar las advertencias del padre Antonio y su recomendación para cuando me encontrara en tal desamparo, y no titubeé en dirigirme en busca de auxilio al Asilo de las Religiosas Trinitarias, donde me recibieron, después de hacerme muchas preguntas respecto a mi vida pasada y a mi situación actual.

»En el corto tiempo que aquí llevo, he podido apreciar el bien inmenso que hace esta santa casa a sus pobres albergadas, y he recibido atenciones especiales de la madre Carmen, para quien era la tarjeta de nuestro párroco. Gracias a esta virtuosa madre, puedo escribirte hoy, y con la aprobación de la superiora, enterada de que tengo una hermana enferma en ese hospital, te llevará mi carta una chica, por la que sabré, como deseo, de ti. ¡Quiera la Santísima Virgen mejorarte!

»Cuando te pongas buena, ven a verme, puesto que yo no puedo ya salir, ni quiero. ¡Se está tan bien aquí!

»Pide a Dios, Juliana, que te ilumine y te devuelva la salud, cual yo también se lo ruego, y ven en cuanto puedas.

»¡Qué distinta y feliz me siento en este día, y cuán otra en tan pocas horas! Toda yo, hasta en el nombre, he variado; pues ya no me llamo Mauca, sino tu hermana

MARÍA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.»

Al terminar la lectura de la carta, Miguel, intensamente emocionado, conmovido, permaneció unos segundos en silencio, y, limpiándose las lágrimas que se escapaban de sus ojos, miró a la enferma, a su vez llorosa, y exclamó en un arranque de entusiasta admiración:

— ¡Bendita criatura! ¡Yo la creía excelente, y adivinaba un tesoro de bondades en su pecho; pero nunca pensé que valiese tanto, que tuviese tales méritos, que fuese tan rica de virtudes su alma!

— Sí — se complació en confirmar la enferma —; mi hermana es un ángel y tiene mucho talento; lo que sabe lo aprendió muy pronto, casi sola, con pocas lecciones, afanosa de contrarrestar por sí misma el abandono y rusticidad en que se deslizó su niñez. Se instruyó fá-

cilmente, aficionándose, sobre todo, a las cosas buenas, y tuvo bastante discreción y fuerza de voluntad para huir de los peligros y pasiones que rodean a las incautas mujeres, siguiendo el camino trabajoso de la honradez. ¡No así yo, que, a pesar de su ejemplo y juiciosos avisos, he continuado ciega por la emprendida senda de la ignorancia y del vicio, creyendo hallar la dicha en el ocio y los placeres, sin pensar que por tal derrotero, acompañada de crueles desengaños y miserias, vendría al fin a parar al triste estado en que me veo!

Y como si esta espontánea confesión de sus culpas trajera a su espíritu un movimiento impulsivo de consolador arrepentimiento, estalló en copioso llanto, que en vano trató de contener el joven con palabras benévolas, infundiéndole ánimo y esperanzas de mejoría física y moral, y recordándole la misericordia infinita de Dios, que perdonó a la Magdalena y sufrió muerte afrentosa por salvar a los pecadores.

Esperó un poco Miguel a que pasara el acceso sentimental de la infeliz Juliana, y cuando la vió más tranquila, prosiguió:

— Tengo que dirigir a usted una súplica. Yo quisiera recibir de usted el favor de dejarme

esa carta, que le devolveré, con objeto de que se entere de ella mi madre, a fin de que sepa dónde se encuentra esa desventurada niña, y, desechando la denigrante idea que una calumniosa y falsa apariencia le hizo abrigar, induciéndola a cometer una injusticia con ella, vaya al convento a verla, restituyéndola de este modo el honroso concepto, el cariño que la teníamos y la satisfacción que la debemos.

— ¡Oh, sí, llévesela usted! — respondió sin vacilar aquélla, entregándole la deseada misiva —. Ella ha sufrido un golpe cruel en su honra, lo que más estima, por culpa mía, por ser generosa y noble hermana, y yo debo contribuir en lo que pueda a rehabilitarla.

El joven, deseoso de poner fin a la entrevista, temiendo que la charla y excitación producida perjudicaran a la paciente, despidióse, ofreciéndola volver a saber de ella y traerle noticias de su hermana.

VIII

El recibimiento de Mauca en el asilo fué un tanto dificultoso, no yendo por orden gubernativa ni por culpas que la indujeran al arrepentimiento y propósito de la enmienda; pero la penosa situación en que se veía, el grave peligro a que se encontraba expuesta, joven y bella, en completo abandono por las calles de la corte a las altas horas de la noche, y la tarjeta recomendatoria del cura del Portillo, conocido y estimado de las madres, entre las cuales gozaba por sus virtudes de gran prestigio, vencieron pronto los obstáculos y le concedieron la deseada hospitalidad.

A la mañana siguiente, sometida a un escrupuloso examen de religión, y sabido hasta qué punto se hallaba instruída en los demás conocimientos necesarios a las jóvenes pobres, se la

permitió visitar los talleres y demás dependencias de trabajo, a fin de que eligiera la clase de labor a que prefería dedicarse.

En su recorrido, enterándose minuciosamente de todo, fijóse la atención de la joven y detúvose más tiempo en la sección de la imprenta, cuyo trabajo, aunque nuevo para ella, no creyó difícil, y optó gustosa por éste. Dicha ocupación la instruiría mejor, según sus aspiraciones, la serviría de distracción en sus tristezas, y al propio tiempo le pareció más en relación con el estado de su ánimo, por haber menos obreras en esta que en las otras secciones.

Pronto se impuso en el manejo de las letras y demás accesorios, y, tras corto ensayo, fuéle señalada por la regente la primera tarea, llenando su cometido tan bien, que satisfizo a aquélla, admitiéndola desde luego en su departamento, segura de que en breve tendría un buen refuerzo con la novel cajista, que tanta aptitud y destreza empezó revelando para la composición y ajuste de las líneas.

Aquel mismo día le otorgó la superiora el favor de escribir a Juliana, y por la misma demandadera que llevó su carta, supo con pesa-

dumbre que aquélla seguía enferma de cuidado.

Profunda angustia produjo en el corazón de Mauca la noticia, y sintió impulsos de correr a su lado para alentarla y procurar su alivio con cariñosa solicitud; pero en las condiciones especiales en que ambas se hallaban, ¿qué podía hacer más que tener paciencia y pedir a Dios que mejorase a la paciente y la iluminara con su gracia?

—¡Dios mío!—murmuraba por la noche al acostarse, mirando la imagen divina del Crucificado, que parecía animarla con fuerza misteriosa, haciéndola expresar en voz baja sus pensamientos y reflexiones hasta con palabras no usadas nunca por ella, y que ahora se la venían a la boca como inspiradas por el cielo —. ¡Tened misericordia de mi pobre hermana! ¡Infundidle anhelos de regeneración, y haced que se verifique un cambio radical en su manera de ser y de sentir! Si tal sucediera, y al recobrar la salud perdida quisiera venir a este asilo, aunque sólo fuese temporalmente, el tiempo suficiente para ejercitarse en el trabajo y conocimiento de las virtudes, a fin de que más adelante, si volvía al mundo, supiera vivir con honradez, yo me consideraría feliz y continua-

ría entre estas monjas toda mi vida. ¡Se está tan bien aquí! ¡Qué hermosa tranquilidad la de este convento, a pesar del número extraordinario de criaturas que contiene en su recinto! ¡Aquí se respira santidad y calma venturosa! ¡La quietud que yo deseaba; el ambiente perfumado de amor y de bienestar que ambicionaba mi alma! ¡Si Juliana viniera también, si conociera esto, la bondad y cariño con que nos tratan las madres, y el espíritu de concordia, caridad y temor divino, de horror al pecado, con que el Señor fortalece en este refugio a las desgraciadas, variaría por completo, se transformaría, reformando sus ideas y costumbres malsanas, y gozaría de una felicidad suprema desconocida para ella, como la que yo disfruto al presente! ¡Señor! ¡Señor! ¡Que penetre en su entendimiento la luz de la verdad, que se haga digna de vuestro perdón, y favoreced también a esta débil criatura, que os ama y sólo desea serviros en la paz de la religión!

IX

Convencida fácilmente la señora Eulogia, por las explicaciones de su hijo y la carta que le leyó, de la felonía cometida con la pobre Mauca, después de amonestar severamente y despedir del obrador a la chismosa y malévola Elisa, causante de lo ocurrido, apresuróse a ir al convento de la Santísima Trinidad, y, solicitando el favor de hablar con la madre Carmen, expuso a ésta en términos breves el objeto de su visita: devolver a la asilada del nombre citado, ahora María de la Trinidad, su reputación, pidiéndola perdón ante las religiosas por lo injusta que había sido con ella, y suplicarle que tornara a ocupar en su casa y en su corazón el lugar predilecto que antes tenía, en la certidumbre de que ya no encontraría en aquélla a la persona que, acaso por envidia o mala vo-

luntad hacia la joven, había promovido tan desagradable incidente.

No puso dificultad la buena madre en acceder al deseo de la visitante, y, haciendo comparecer ante ellas a la muchacha, fué testigo de la conmovedora escena que se desarrolló entre las dos mujeres, confundiéndose ambas generosamente en un estrecho abrazo de paz y de profundo afecto.

Pero en vano instó y suplicó la señora Eulogia por llevarla otra vez consigo.

Mauca, agradeciendo su interés y su formal empeño de tenerla como una hija, mostró su irrevocable decisión de permanecer por entonces en aquel asilo donde se hallaba gustosa y aprendía un oficio que era muy de su agrado. Más adelante, si una verdadera vocación no la llevaba al estado religioso, volvería a su lado, segura de hallar siempre en ella más que protectora, una madre cariñosa; pero que en tanto la permitiera continuar como estaba, en aquel santo refugio, que en momentos de gran amargura Dios le había designado para tranquilidad y consuelo de su atribulado espíritu.

Admirando cada vez más la madre de Miguel las excepcionales cualidades de aquella

noble criatura, a la que tanto ofendió con sus insultos e imperdonable abandono, y sintiendo realmente no tornar con ella a su casa, contó a su hijo el resultado de su visita, que tampoco fué satistactorio para el joven, a juzgar por la expresión de disgusto que se dibujó en su cara.

¿Era que sentía su corazón generoso interesado solamente por la suerte de la joven, o que otro sentimiento más profundo le inspiraba la dulce atracción que le impelía hacia ella?

Él no se lo había explicado aún, pero cuando la fatalidad, secundada por las maquinaciones de Elisa, la separó de su lado, cuando pudo apreciar por sí propio las virtudes ingénitas de la muchacha y creyó perderla para siempre, al preferir ésta quedarse en el asilo benéfico donde se había refugiado, comprendió entonces la clase de afecto que abrigaba por Mauca y que le impulsara a correr en su busca hasta encontrarla, como lo había conseguido en breve tiempo.

Mas ¿de qué le servía todo esto, si la joven, ignorante de lo que él sentía, desconociendo la intensidad de su amor, su anhelo de verla y entenderse formalmente con ella, persistía en quedarse en el convento?

Malhumorado y triste, Miguel dejó pasar unos días en la inacción sin resolverse a nada, pero poseído cada día más de aquel cariño que se le había metido en el alma y no podía desechar con la reflexión, ni menos con la ausencia, después de confesar a su madre, contestando a sus insistentes interrogaciones, el verdadero estado de su espíritu, volvió una tarde al hospital, cumpliendo su promesa de tornar a ver a Juliana y con el ansia de averiguar también lo que supiera ésta de su hermana.

La enfermedad había hecho rápidos progresos en aquella débil naturaleza, siendo ya tan grandes la extenuación y abatimiento de la infeliz tuberculosa, y tan extremadas su postración y palidez, que más parecía un cadáver que un ser viviente, siendo difícil reconocer en su inamovilidad y silencio, si dormía o si se hallaba bajo los efectos de la medicina o de un colapso mortal.

Dolorosamente afectado el joven al ver en tan lamentable estado a Juliana, iba a retirarse sin atreverse a hablarla, cuando, abriendo ésta penosamente los párpados, y posando en él la mirada, pareció revivir, fulgurando en sus ojos un destello de alegría, a la vez que

sus labios pronunciaron quedamente su nombre.

Autorizado por sor Vicenta, para dirigirle la palabra, aunque con la brevedad posible, atendiendo a la gravedad de la paciente, Miguel, después de saludarla con frases de interés por su salud, devolvióle la carta con expresión de agradecimiento; refirió lacónicamente la visita de su madre a Mauca, la tenacidad de ésta en quedarse en el convento, y su deseo de saber algo más desde dicha entrevista.

La joven miró entonces suplicante a la hermana de caridad que próxima a su cama la prestaba compasiva y solícita sus cuidados, y comprendiendo ésta el gesto de la enferma, dijo al visitante, mientras de debajo de la almohada de aquélla sacaba un papel:

—Como la pobrecita se encuentra sin fuerzas para hacer ni el menor movimiento, me tenía encargado que, cuando usted viniese, le entregara esta esquelita.

Apresuróse a tomarla Miguel, dándole gracias, y leyó ávidamente lo que sigue:

«Querida Juliana: profundamente apenada por el mal que te agobia, haciéndote sufrir tanto sin ningún alivio, y accediendo a mis súpli-

cas la superiora, por gracia especial de ésta, que parece satisfecha de mi conducta, he obtenido permiso, aunque por una sola vez, para ir a verte en compañía de una hermanita, mañana durante el descanso del mediodía, lo que te aviso para que estés prevenida.

»Yo sigo contenta en este nuevo género de vida religiosa y tranquila, tan agradable a mi manera de ser, mas no olvido, sin embargo, a las personas a quienes tanto debo y ningún día dejo de recordarlas en mis oraciones.

»Voy a anticiparte una noticia. Hace dos días que llegó a Madrid el padre Antonio; se alegró mucho de verme aquí acogida, y al referirle las vicisitudes por que he pasado, me aconsejó que no saliera ya nunca de esta bendita casa. También dijo que iría a verte mañana por la tarde.

»Adios, hasta que pronto te abrace tu hermana

María de la Santísima Trinidad.»

Terminada la lectura, permaneció un instante pensativo el joven, con el papel en la mano, mas al fin, devolviéndolo, dijo como hablando para sí:

—No me atrevo a venir en el preciso momento de la entrevista, quizá la última de ambas hermanas, pero necesito a todo trance dar una solución a esto.

Y dirigiéndose a la enferma, continuó:

—Ya sabe usted que me intereso mucho por Mauca, y que deseo su felicidad; ella ignora hasta qué punto, porque jamás le comuniqué el sentimiento que me inspiró su bondad desde que pude apreciarla en todo lo que vale; pero ha llegado el caso de hacérselo comprender antes de que se aficione y encariñe con la idea de la vida conventual; mas no siendo oportuna mi venida en la misma ocasión de su visita, a usted la ruego, si la es posible, que participe al padre Antonio mi deseo de hablar con él, para lo cual vendré yo a buscarlo aquí mañana por la tarde.

Juliana, casi exánime hasta entonces, al oír explicarse de tal modo a Miguel, cobró nuevos alientos; una sonrisa de dicha inefable desplegó su boca, y lágrimas de bienestar indecible bañaron sus demacradas mejillas.

—¡Gracias, Virgen Santa!—exclamó animosa besando el escapulario que al llegar al hospital puso sobre su pecho sor Vicenta. No ambicio-

naba más que el bien de mi Mauca—prosiguió con frases entrecortadas por la fatiga—. Moriré tranquila sabiendo que usted... la ampara de modo tan digno y honroso... ¡Gracias!... ¡Gracias!, repitió cogiendo con una de sus escuálidas manos la que tenía más próxima del noble mozo, intentando llevarla hasta sus labios como muestra de gratitud; pero Miguel la contuvo y estrechó afectuoso la de la enferma.

—Aun puede que llegue a tiempo el padre Antonio—prosiguió ésta con voz enternecida por la emoción y la angustia que oprimía su pecho—. El señaló a Mauca la vereda del bien... de la virtud... ¡A mí, podría sacarme de las sombras... en que he vivido... y llevarme hasta Dios!

—Vamos, hija mía, cálmese y no hable más por ahora—apresuróse a decir la religiosa, temiendo que el esfuerzo que estaba haciendo pusiera fin a la corta vida que restaba a la joven—. ¡Nuestro Señor, padre de misericordia, como ha dicho a usted el capellán, ve su sincera contricción, su anhelo de purificarse de toda falta, y usted será de sus elegidas! Tome esta cucharada y procure descansar hasta la segunda visita que ofreció hacerla el doctor. Y ha-

ciendo seña a Miguel, que se despidió silencioso y conmovido, acompañóle hasta la puerta de la sala, diciéndole por lo bajo: Es una luz que se apaga, como usted ve; acaso no exista ya mañana. ¡Pobre víctima del vicio, y, sobre todo, de la ignorancia de la gente ruda de pueblo, que, afanosa de las ganancias, los halagos y ventajas que esperan hallar en la capital, mandan aquí a servir a inocentes niñas sin guía ni amparo, dando lugar con esto a que tantas se pierdan y concluyan prematuramente como ésta, en un hospital, cuando no en una casa de corrección, aguijoneadas por los remordimientos de sus culpas deshonrosas, o de sus torpes delincuencias!



X

Lo que habló Miguel con el padre Antonio, a quien se presentó en la tarde siguiente, fácil es de presumirlo, así como el decidido apoyo del párroco en el asunto de que trató aquél, y su satisfacción en contribuir al bienestar de la hija de la tía Lendrera ya está encomendada a Dios; de aquella chiquilla desarrapada e incivil que, atendiendo a sus exhortaciones, siguió por buen camino, salvando los escollos de la vida y haciéndose digna de la suerte que la deparaba la Providencia.

La muerte de Juliana, auxiliada por el padre Antonio, con edificantes muestras de resignación y dolor de haber pecado, fué llorada tierna y copiosamente por su hermana, que dió gracias infinitas al cielo por el favor tan grande que hizo Dios a aquella desventurada, ilumi-

nándola en sus últimos momentos y concediendo a su alma la gracia sublime del perdón.

Horas antes del triste acontecimiento, había celebrado el buen cura una conferencia en el convento con Mauca, ante la madre Carmen, cumpliendo gustoso la misión que le encomendara Miguel.

La joven, sin mostrarse sorprendida, porque algo de esto con anterioridad habíale hecho adivinar su claro entendimiento y la sensibilidad exquisita de su pecho, vertió lágrimas de gratitud y de dicha al verse favorecida de tal modo, eligiéndola por mujer aquel joven tan discreto que tanto bien la hizo siempre, y por quien ella sentía casi veneración.

Tuvo, sin embargo, un momento de lucha, de vacilación, entre decidirse por aceptar tan halagüeña proposición, o continuar el género de vida que estaba haciendo en aquella atmósfera religiosa que tan de su gusto era, con la esperanza que ya iba concibiendo de vestir algún día el hábito, pronunciando solemne voto; pero, al fin, obedeciendo a un secreto impulso interior, a un irresistible movimiento de su corazón, del que pareció despertar un hondo sentimiento comprimido mucho tiempo, aceptó

reconocida, y, besando una mano al religioso, dióle gracias repetidas, llamándole su eterno bienhechor.

En la primera entrevista que la permitieron con Miguel y su madre, tras de tierno diálogo en que acabaron de entenderse los jóvenes, con la aprobación materna, quedó pactada la boda para en breve; pero el fallecimiento de Juliana y la triste noticia de la muerte de la que le diera el ser, ocurridas las dos pérdidas con corta diferencia de días, detuvieron los acontecimientos, aplazando aquélla por algún tiempo, durante el cual siguió Mauca trabajando en su nuevo oficio, en el que llegó a ser la más inteligente y estimada de las obreras.

Pasado el período convenido, por respeto a la memoria de las dos difuntas, y efectuadas por el diligente Miguel, con actividad pasmosa, las gestiones precisas al objeto, tuvo lugar la ceremonia del casamiento en la parroquia próxima, yendo Mauca modestamente ataviada y bien acompañada por una representante de las madres trinitarias, que la despidieron tiernamente, dando extraordinarias pruebas de cariño y predilección a la más aplicada y juiciosa de sus acogidas, que no quiso separarse de

ellas hasta el momento de recibir la bendición nupcial de mano del venerable padre Antonio, quien dejando en tanto su feligresía al cuidado de un auxiliar, acudió solícito a celebrar el acto.

La señora Eulogia, llena de gozo, compuesta con sus mejores galas, apadrinó los desposorios.

En la casa de los modestos industriales no hubo, por el pronto, más variación que la de amueblar con relativa comodidad la alcoba destinada al matrimonio.

Al tornar Mauca, respetada y enaltecida, con prerrogativas de dueña, a la mansión de donde salió escarnecida y ultrajada, cuando sólo era una pobre sirvienta, fué su primera disposición que no se alterara el orden acostumbrado de las cosas, ni se hicieran más gastos extraordinarios que los absolutamente imprescindibles. Discreción y comedimiento, que acabaron de conquistar la voluntad y el afecto de la suegra, constituída ya en madre amante y cuidadosa de la tierna joven, que radiante de ventura se mostraba digna compañera del honrado y generoso Miguel.

Ella también había sentido hacia él, desde

que le conoció, un sentimiento inexplicable de atracción, que juzgó agradecimiento, y no era sino amor contenido en los límites del respeto debido al superior, que es además, por sus acciones nobles, digno de afecto y consideración.

Ahora lo comprendía bien, y su dicha, al verse legítimamente unida a un hombre de tan relevantes méritos, que habíale dado tan delicadas y repetidas muestras de estimación, no tenía límite.

—Pero ¿qué hice yo—no se cansaba de decir—nacida de la hez de un villorrio, acogida en una sociedad malsana, y sometida a la servidumbre, para merecer esta felicidad? ¡Ah!, ¡quizá sin las valiosas observaciones de aquel bendito religioso, no hubiera yo sabido llegar a tan favorable situación! ¡A él lo debo todo! ¡Pobre hermana mía! ¡Ella caminó entre tinieblas, abandonada a su ignorancia, y cayó en la sima del mal, sucumbiendo tan pronto! ¡Si todas las jóvenes de nuestra clase que se ven obligadas a separarse de los suyos, para atender a las necesidades de la existencia, con su trabajo, tuviesen desde el principio un guía desinteresado, algún apoyo y sostén en las

contrariedades y luchas del mundo, no habría tantas víctimas de la inexperiencia y de los vicios, que ocasionan con frecuencia los más lamentables infortunios! ¡Ay! ¡Si Dios me diese medios suficientes para hacer por mi cuenta el beneficio con que sueño!

XI

La humillación sufrida por Elisa, al ser despedida de la casa de Miguel, por los motivos ya conocidos, obteniendo con sus oficiosidades resultados tan opuestos a sus maquiavélicos planes, produjole sensación tan honda, cólera tan intensa, que, sin poder contenerse, como fiera cogida en el lazo, revolviéndose airada contra los que así la trataban y sin ningún miramiento, desató su lengua en improperios, asegurando a la maestra, que era incapaz de calumniar a nadie, que había obrado en conciencia, cumpliendo lo que creía un deber, y que algún día se arrepentirían ella y su hijo de su credulidad y condescendencia con aquella mujer de origen desconocido, que ahora les parecía tan digna de su afecto.

Pasado el primer acceso de impetuosa ira, y

un poco más calmada, en el pequeño cuartito donde vivía con su madre, lavandera de oficio, y dos hermanos menores, recapacitó que habíase conducido acaso con demasiada ligereza, y que la convenía más enmendar lo hecho, disculpándose, sobre todo, de su falta de respeto con la señora Eulogia.

Contó a su madre el caso a su manera, y de acuerdo y en compañía de ésta, presentóse a los pocos días en la zapatería de Miguel, solicitando el perdón por sus frases ofensivas, y suplicando que la admitiesen de nuevo en el obrador; pero la señora Eulogia, dura e inflexible con la que le había ocasionado tan gran disgusto, y segura de que su hijo no querría ver más a aquella enredadora, negóse en absoluto, con inexorable tesón, aunque perdonando las ofensas, a admitirla otra vez en su casa.

Este segundo desaire, hízole casi tan mal efecto como el primero; mas, fingiéndose dolorida y apenada por ello, con lágrimas en los ojos, despidióse de la dueña del establecimiento, expresando antes su deseo de ver a Miguel para que la absolviera igualmente con su perdón.

No conseguido tampoco esto último, retiróse

en actitud humilde, pero contrariada y herida en lo más sensible de su pecho, y haciendo propósito firme de procurar un encuentro con aquél, no cejando en su empeño de catequizar otra vez su estimación perdida, y hacerse, al fin, amar del hombre de sus sueños, aunque para ello tuviera que atropellar obstáculos insuperables.

Elisa poseía una voluntad de hierro, un carácter indomable y tenaz, y un corazón capaz de todas las pasiones.

No hallando ocupación los primeros días en su oficio, vagó de un lado para otro con el pretexto de buscar trabajo, frecuentando en particular los sitios por donde calculaba que pasaría Miguel, sin lograr nunca su objeto.

En cambio encontró varias veces a un operario de la casa de éste, en la hora que solía el muchacho ir a entregar la obra terminada, y el mozo, para quien no era ella indiferente, pues habíala cortejado sin éxito, precisamente cuando la caprichosa joven pretendía introducirse en el alma de Miguel, lo que no había escapado a la vivaz inteligencia del obrero, complacíase en dialogar con ella, y satisfecho de verse ahora atendido por la Elisa, prestóse gustoso a

contestar a sus preguntas, poniéndola en antecedentes de cuanto oyera en la casa.

Era lo que la joven se proponía al humanizarse y mostrarse afectuosa con aquél.

Por este medio supo cuanto allí se dijera confiadamente de Mauca y su hermana. El fallecimiento de ésta en el hospital. La estancia de aquélla en un convento y la desolación y tristeza del hijo del ama, por tales causas.

Las entrevistas menudearon.

Elisa consintió, al cabo, en contraer relaciones de amor con Jacinto, cada vez más aficionado a ella, por convenir así a sus designios, a fin de saber noticias frecuentes de lo que la interesaba.

Trascurrido el tiempo, sin otros incidentes y sin conseguir la moza sus ardorosos anhelos, llegó, por último, el día en que se habló de la pactada boda de Miguel con Mauca, no tardando Elisa en saberlo, siendo su impresión y disgusto tan grandes, que no pudo disimularlo ante su novio.

Enamorado éste como un loco de las gracias y hechizos de la joven, expresóle su inquietud y molestia por el interés que advirtió aun en ella por el hijo de la señora Eulogia, lo que no

se esforzó Elisa en desmentir, presa como se hallaba del cruel dolor, de la tremenda y profunda sensación que la noticia le hizo experimentar.

Tras áspero y rudo altercado, los jóvenes se separaron, sintiendo cada cual, por distinta, aunque análoga causa, el terrible aguijón de los celos clavado en sus entrañas.

Más tarde, dando vueltas Elisa en su mísero lecho, pensaba, mordiendo rabiosa la almohada, y vertiendo lágrimas de impotente amargura:

—¿Será posible que yo vea así, tan neciamente truncadas mis ilusiones, y que una cualquiera, una vagabunda sin belleza ni méritos, me robe el corazón del hombre que amo con pasión, con verdadera locura? ¡No, no puede ser; no paso por ello, no es posible que tal suceda! ¡Antes lo quiero ver muerto, que casado con esa mujer odiosa! ¡Oh!, ¡la detesto con todos mis sentidos! Ella se ha interpuesto en mi camino, haciendo mi desgracia, y no sabe con quién tiene que habérselas, con quién va a luchar. ¡Por él me siento capaz de todo, hasta del crimen! Dicen que hay mujeres que matan. ¡Yo seré una de esas, y mataré, antes de quedar vencida y postergada, antes de que se realice

esa unión, que yo haré imposible! Sí, sí, la estorbaré a todo trance. Ya sabré hacer de modo que comprendan, los que a ello se opongan, que, aunque débil muchacha, ¡tengo alientos de gigante, dientes afilados de hiena, y garras de leona!

Y derramando llanto de fuego, que escaldaba sus mejillas, sin poder cerrar sus ojos al sueño, pasó la noche en el insomnio, ideando proyectos y planes descabellados, a su juicio realizable cualquiera de ellos, para desbaratar el enlace concertado y conseguir el fin de sus torpes y persistentes deseos.

Muchos días trascurrieron poseída Elisa de desesperación, y madurando en su cerebro el medio más fácil de avistarse con Miguel, de llegar hasta el fondo de su corazón con ternura exquisita, con habilidad suprema, probándole su cariño inmenso, el tesoro de amor y de voluptuosas caricias que encerraba su pecho para él, que ninguna otra mujer le expresaría con tal extensión ni de modo tan arraigado y verdadero; de convencerlo, en fin, a romper con la otra, y de no lograr esto por buenas, emplear entonces los medios violentos, pero radicales, que le sugería su exaltada imaginación.

En tanto, Jacinto, apesadumbrado de no ver a su amada desde el día de la reyerta, anheloso de hacer las paces y de continuar aquellas relaciones, que eran ya una necesidad imperiosa de su vida, un delirio de su mente, el ardiente afán de su pecho apasionado con vehemencia de la gentil y esquiva doncella, rondó su casa muchas noches hasta lograr su intento.

La joven, que por singular coincidencia había estado a su vez espiando largo rato por las cercanías de la calle de San Bartolomé, sin ver al que era su constante obsesión y su tormento, volvía meditabunda y fosca a su morada, y no pudo reprimir un gesto de desagrado al encontrarse con el mozo.

Acercósele éste, quien con frases templadas de concordia y afecto, le propuso reanudar la tierna comunicación de sus corazones, interrumpida sin razón, a su modo de ver, sólo por motivos a que diera ella lugar con poca premeditación, pero que él estaba resuelto a olvidarlo todo y probarle su cariño en la forma que ella quisiera, jurándole, si le correspondía con igual ternura, que se casarían en cuanto las circunstancias se lo permitieran.

Elisa, más uraña y déspota que la vez ante-

*

rior, contestóle agresiva, negándose en absoluto a admitir las excusas y propuestas amorosas del mancebo, y añadiendo palabras de conmiseración ofensivas al enamorado, llamóle infeliz, necio y poco hombre para pensar en casarse sin recursos con una mujer como ella.

Agriada otra vez la cuestión, sostuvieron acalorada disputa; lastimado él en lo más sensible de su pecho y de su dignidad varonil, despechada ella por el desdén y menosprecio del hombre que la hacía sufrir. No fué posible avenirse, llegar a un acuerdo, por más que Jacinto rogó, perdonando sus ofensas, que se mostrase siquiera más benévola y suave con él.

En vano todo: Elisa, cruel y despreciativa, haciendo probar al joven la hiel que amargaba sus labios, confesóle que no era él ni podría ser nunca el objeto de su cariño; que nada existía entre ellos, y, por consiguiente, que no la volviera a importunar ni se acordara más del santo de su nombre.

En una disposición de ánimo bien triste, como es de suponer después de esto, retiróse el desairado mozo, pensando en el doloroso desengaño recibido, y la ingratitud de aquella mujer tan amada aún, a pesar de todo.

—¿Por qué, pues—se preguntaba—, si no me quería, me mintió amor, haciéndome concebir ilusiones tan bellas? ¿Tendré que resignarme a su indiferencia y desvío? ¿Cómo es posible, si no la puedo desechar de mi pensamiento?

Era su primer amor verdadero, tras los mariposeos afectivos de los primeros revuelos juveniles, y conceptuándose ya hombre formal, a los diez y nueve años, no sufría que se le tratara como a un niño, ni tampoco podría acostumbrarse al olvido de ella.

Puede que a fuerza de constancia y de pruebas lograra algún día recobrar su voluntad, volviendo la joven a concederle su cariño. Con esta idea halagadora propúsose no desistir y seguir persistiendo en su empeño.

Un día, por fin, Elisa tuvo la suerte tan esperada, la ansiada dicha de hablar con Miguel, a quien salió al encuentro en las proximidades de su casa.

El joven, sin esquivar abiertamente la conversación, con su característica delicadeza, mostróse reservado y hasta cierto punto severo con ella, no ocultándosele el alcance de sus propósitos y designios en las embozadas manifestaciones de la muchacha, y sus anhelantes súpli-

cas y protestas de rehabilitación, y de requerimiento de su anterior afectuosa amistad.

Bondadoso como siempre, Miguel, aunque con la prudencia debida, conociendo bien las intenciones y especiales cualidades de la chica, dirigióle, compasivo y amable, frases consoladoras, y abrevió la entrevista sin ofrecer nada que le comprometiese.

A pesar de lo poco que hablaron, una sonrisa de íntima convicción, de lisonjeras promesas, de satánico triunfo, vagó en los labios de Elisa, que murmuró temblorosa, mientras miraba con ojos tiernos, por donde marchaba Miguel:

—¡Mío! ¡Sólo mío o de ninguna!

En el momento de quedar sola la enamorada doncella, abstraída en sus pensamientos, casi instantáneamente destacóse de la esquina inmediata un hombre, que sin duda había observado a aquéllos, sin ser visto, envuelto en la tenue luz crepuscular del anochecer, y dirigióse precipitadamente hacia la muchacha, que no tuvo tiempo de darse cuenta de ello.

Una exclamación de sorpresa, y a continuación un grito de dolor y de angustia, llamaron la atención de los transeuntes.

Los que en tales instantes atravesaban por la plaza de Bilbao y calles adyacentes, notando de pronto inusitado movimiento, vieron correr hacia la calle de las Infantas, desatinado y con miradas de espanto, a un mozo con una cuchilla ensangrentada en una mano.

A las voces de ¡a ese!, ¡a ese!, ¡al asesino!, y voces pidiendo auxilio por otro lado, se agitó sorprendida la muchedumbre, lanzáronse los guardias en pos del supuesto criminal, y un remolino de curiosos agolpóse en el lugar de la ocurrencia.

—¿Qué ha pasado? — preguntaban unos a otros, ávidos de emociones nuevas, de impresiones sensacionales.

La verdad del hecho no tardó en averiguarse, con la exageración, suposiciones y comentarios de rigor.

Lo de siempre: Amores no correspondidos. Perjurios y ligerezas de mujeres. Desbordamiento de celos e impulsos bestiales de fiera en el corazón humano.

—¡Una pobre joven asesinada por su novio! — decían algunos, mirando con lástima el cuerpo inanimado de una mujer tendida en tierra, cubierto el rostro de sangre.

— ¡Una camilla! ¡Pronto! — mandó un cabo de Orden público a dos subordinados que acudieron a escape al sitio de la tragedia.

A poco, un joven bien vestido, desembocando por la calle de San Bartolomé, llegó a todo correr con una silla, que ofreció para que colocasen a la infeliz herida y la llevasen sin tardanza a la Casa de Socorro.

Era Miguel, que apenas había andado un trecho, apercibido de que algo extraordinario ocurría, al oír el vocerío y ver pasar por su lado velozmente, con ademán descompuesto, a un individuo, en el que reconoció al obrero de su casa, Jacinto, temeroso de lo que pudiera ser, sospechando desde luego un acontecimiento triste, volvió con rapidez sobre sus pasos, y atraído por la aglomeración de gente en un lado de la plaza, abriéndose camino entre la multitud, vió aterrorizado y con un verdadero sentimiento a Elisa en el suelo, ensangrentada, muerta quizá; y sin detenerse un punto, voló hacia su casa, de donde trajo la silla para conducirla y que la prestasen más pronto auxilio.

En tanto, el criminal, alcanzado por los que le persegían, cerca ya de la calle de las Torres, y conducido al Juzgado, donde se confesó autor

del delito acabado de realizar en un arrebato de obcecación, cegado por los celos, era poco después encerrado en un calabozo de la Cárcel Modelo.

La joven, herida gravemente en la cara y cuello, interesada la yugular con una cortante cuchilla de zapatero, fué atentamente curada y asistida por el médico de guardia en la Casa de Socorro; pero tal era su extenuación por la sangre perdida, tan difícil hacerla volver en sí, y por consecuencia tan imposible obtener de ella declaración, que el doctor dispuso se le administrasen los últimos sacramentos.

Una hora después falleció. A su lado, un hombre compasivo y piadoso, que sabía el lugar predilecto que había ocupado en el corazón de la víctima, y comprendió el origen y motivo de la desgracia, cerró los ojos de la desdichada y elevó por ella una plegaria al cielo.

El suceso afectó profundamente a Miguel y a su madre.

Éstos, en la medida de sus fuerzas, socorrieron a las dos familias perjudicadas con tan tremendo golpe, porque el exiguo jornal de sus hijos respectivos era una ayuda para el sostenimiento de ambas.

Cuando Miguel Martínez fué llamado a prestar declaración en la causa, hízolo de modo tan favorable a Jacinto, que logró en su día, con el apoyo de un buen defensor, la atenuación del castigo.

Dos meses después de este funesto acontecimiento, verificóse sin inconvenientes la boda de aquél con Mauca, o más bien, con María de la Santísima Trinidad, en la antigua y tradicional iglesia de San Antonio de la Florida.

EPÍLOGO

XII

El transcurso de los años, pródigos, por ley natural, en sensibles y ruinosas alteraciones, fué, por el contrario, de bienes y abundantes goces para la modesta familia de Martínez.

El negocio de la industria zapateril, tan hábilmente implantado en vida del padre, prosperaba cada día más en manos del hijo, y con el refuerzo de trabajo, actividad y economía que agregaba su mujer, la cual, de continuo en el despacho, atraía con su habitual encanto y su dulzura especial, más numerosa parroquia.

Había engruesado la joven, favoreciendo las carnes su singular belleza, realzada ahora, ade-

más, por la plácida satisfacción del amor materno que resplandecía en su semblante.

En cinco años transcurridos desde su dichosa unión con Miguel, era ya Mauca (seguiré llamándola así) madre de tres preciosas criaturas, que tenían hechizado con sus gracias al venturoso padre y sugestionada por completo a la abuela, dedicada ya únicamente a la atención y entretenimiento de los pequeños.

Desde hacía poco más de dos años, hallábase el feliz matrimonio en posesión de una holgada casita, comprada por módico precio, en el pueblo de Mauca, que quiso tener allí, donde naciera, un rincón propio, con objeto de llevar a sus niños en el verano, y, además, con un fin benéfico, que inmediatamente comenzó a poner en práctica.

Ya habían disfrutado dos temporadas deliciosas.

En aquel clima benigno y sano, los chicos se oxigenaban y robustecían de modo admirable. Miguel convertíase en este tiempo en labrador, sembrando y recolectando en un reducido huerto anexo a la casa, granos, legumbres y hortalizas para el consumo anual de los suyos.

Mauca, además de emplear el día en las

atenciones domésticas, dedicábase, congregando por las noches en la pieza más amplia de su morada, a las mozas del pueblo, a la educación de las mismas, instruyéndolas en religión, lectura y escritura, e imponiendo a las más pobres, en particular a las que, sin otro recurso, tenían precisión de buscar el sustento fuera de la localidad, en los conocimientos indispensables para el manejo y desenvolvimiento de una casa de familia, preparando a cada una, según sus aptitudes, para el género de trabajo que podría desempeñar, y hasta para algunos oficios propios de la mujer.

La práctica adquirida por sí misma en años anteriores, y las buenas doctrinas y costumbres aprendidas durante su estancia en el convento, además de su innata inteligencia, pusiéronla tan experta y entendida en todo lo que se debe aconsejar y enseñar a la juventud femenina, que en aquellas dos temporadas veraniegas obtuvo un éxito en la noble misión que voluntariamente se impuso en el Portillo, con el valioso auxilio del bueno y ya ancianito párroco, pues toda la clase proletaria, la mayoría de los vecinos, acudió a su llamamiento, prestándose gustosos aquellos rústicos a que doña Ma-

ría, como ahora la nombraban respetuosamente, educase a sus hijos, yendo las mozas a la clase nocturna con tal entusiasmo y buena voluntad, que hasta prescindían en aquellas horas, de recreaciones y cortejos, por escuchar las saludables máximas y provechosas lecciones de la espontánea profesora.

En el pueblo nadie se acordaba ya del desprecio con que la trataron en su niñez, a causa de las miserias y pecados de su familia, cuya triste memoria se propuso Mauca ennoblecer con sus propias virtudes, siendo tan grande el cariño que supo granjearse y la veneración que sentían por ella los portillanos, que ninguno la citaba sin bendecirla y alabarla.

Así introdujo entre los inciviles habitantes de aquella tierra inculta, la fructífera semilla que dió pronto el fruto deseado, alcanzando tal fama de buenas y hacendosas, de listas y fieles, las muchachas del Portillo de la Grada, que vinieron a ser muy solicitadas y buscadas con empeño desde Madrid y otras provincias de España, especialmente para criadas, llevando a tal extremo la mujer de Miguel su protección y sacrificio por estas hijas del trabajo, que no titubeó en ofrecerles también asilo seguro en

su humilde casa de la corte, con preferencia a sus pobres paisanas, a todas las cuales acogía gratuitamente, con el beneplácito de su marido, en tanto no tenían colocación digna y medios decorosos de subsistencia.

¡Cuántos males se evitarían, y cuántos tristes prejuicios en la clase ínfima de la sociedad, y aun en el seno de la gente acomodada, si, imitando la ejemplar y admirable conducta de Mauca, se prestase algo más de atención y de apoyo a esas infelices criaturas, jovencitas y niñas en su mayoría, sin discernimiento bastante para saber distinguir el mal y el bien, destinadas por su mísera suerte a la servidumbre, estableciendo, por cuenta de quien corresponda, nuevos asilos docentes, escuelas-hospederías, para muchachas pobres y forasteras, a semejanza de las que ya hay instituídas por sociedades benéficas, que sirvieran de faro y refugio a las que acreditasen no tener ningún otro auxilio!

FIN

ÍNDICE

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

	Pesetas.
El faro de la Virtud. (De texto para las escuelas) 2.ª edición..........................	1,25
Corona a Santa Teresa de Jesús. (Edición agotada)...................................	
El Santo de la aldea. (Poema)................	1
El terremoto de Andalucía. (Cuadro en verso).	1
Album de boda. (Para regalo. Edición lujosa)..	10
Americanistas ilustres. (Apuntes biográficos. Agotada).............................	
El diablo en el púlpito. (Cuento en verso).....	1
Colón y América. (Poema histórico)..........	1
Bígamo. (Novela)..........................	2
Glorias de los Alfonsos. (Romance histórico)..	1
La conquista de Cádiz. (Leyenda caballeresca. Agotada).............................	
Homenaje al Príncipe de Asturias. (1907. Agotada..................................	
Odas, poemas y leyendas. Un tomo..........	2
Mauca. (Novela.) Un tomo.................	3

BIBLIOTECA DE TEATRO PARA NIÑOS

EN COLABORACIÓN CON MARÍA DEL PILAR CONTRERAS

Teatro para niños.		Primer tomo. (2.ª edición).	5
—	—	Segundo tomo. (2.ª edición).	3,50
—	—	Tercer tomo. Cumplimientos. (2.ª edición)........	3,50
			3,50
—	—	Cuarto tomo. (2.ª edición)..	3,50
—	—	Quinto tomo. (1.ª edición)..	3,50

En preparación el tomo sexto

Comedias sueltas en un acto, a 1 peseta.

Los vencedores. En prosa (para niños).

Pasado, presente y futuro. Triálogo cómico-crítico (para niñas).

La buena obra. (Para escuelas dominicales de niñas.)

Los santos médicos. Drama lírico (para niños).

Los niños malos. Juguete carnavalesco.

Un premio a la virtud. En prosa y verso (para niñas.)

Los niños toreros. Sainete en prosa y verso.

Los tres defectos de Rita. Pasatiempo cómico en prosa.

Paco el Trianero. Diálogo cómico en prosa.

Se hallan de venta en las principales Librerías de Madrid y de provincias.